
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL YETI
CURTIS GARLAND

Creo que nunca olvidaré el día en que me visitó Lionel Sothern.

Tengo mis razones para ello. Razones que asombrarían a cualquiera. Pero que, desgraciadamente, no puedo publicar con todo detalle, ni en forma que haga creer a los demás en su realidad, en su existencia auténtica. Por eso he renunciado a publicar reportajes, informes o cualquier otra forma periodística, puramente informativa para el público, y he optado por dar rienda suelta a mi inquietud en otra forma más idónea, en la que nadie pondrá excesiva credulidad y, por ello, quizá no haga daño a nadie.

En realidad, cuando uno escribe un relato novelado, una obra literaria, ¿qué piensa el lector? Que es todo ficción, todo puramente imaginario, producto del autor, y nada más.

Mejor. Que sigan pensando así mis lectores. Será la forma de que nadie, absolutamente nadie, ni siquiera aquellos que tan directamente estuvieron implicados en el drama, pueda reclamarme jamás cosa alguna, o exigirme reparación al daño moral que pudiera crearle con la publicidad de unos hechos escalofriantes y terribles, difíciles de olvidar por quienes los vivimos tan intensamente en aquellas fechas.



Curtis Garland

El Yeti

Bolsilibros: Selección Terror - 117

ePub r1.1
xico_weno 31.08.16

Título original: *El Yeti*
Curtis Garland, 1975
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

El yeti… ¿Existe, realmente? ¿Es verdad o fantasía la existencia del Abominable Hombre de las Nieves, allá en el Himalaya?

Hasta nuestros días, la leyenda tibetana del monstruo, mitad hombre mitad bestia, se ha mantenido con su aureola de misterio sin resolver. Hay expertos que niegan su realidad. Otros, afirman haberlo llegado incluso a ver. Y hasta se conocen científicos que aseguran poseer huellas del paso del yeti por regiones determinadas del Tibet.

Realidad o ficción, es obvio que su presencia sólo podría provocar TERROR a quienes lo vieran ante sí.

Especialmente, si el legendario y fabuloso yeti fuese como este relato imagina…

CAPÍTULO PRIMERO

VISITANTE

Creo que nunca olvidaré el día en que me visitó Lionel Sothern.

Tengo mis razones para ello. Razones que asombrarían a cualquiera. Pero que, desgraciadamente, no puedo publicar con todo detalle, ni en forma que haga creer a los demás en su realidad, en su existencia auténtica. Por eso he renunciado a publicar reportajes, informes o cualquier otra forma periodística, puramente informativa para el público, y he optado por dar rienda suelta a mi inquietud en otra forma más idónea, en la que nadie pondrá excesiva credulidad y, por ello, quizá no haga daño a nadie.

En realidad, cuando uno escribe un relato novelado, una obra literaria, ¿qué piensa el lector? Que es todo ficción, todo puramente imaginario, producto del autor, y nada más.

Mejor. Que sigan pensando así mis lectores. Será la forma de que nadie, absolutamente nadie, ni siquiera aquellos que tan directamente estuvieron implicados en el drama, pueda reclamarme jamás cosa alguna, o exigirme reparación al daño moral que pudiera crearle con la publicidad de unos hechos escalofriantes y terribles, difíciles de olvidar por quienes los vivimos tan intensamente en aquellas fechas.

Sí. Incluso he cambiado nombres, algunas localizaciones… Eso no alterará el relato en sí mismo. Pero enmascarará a ciertas personas que no gustarían de verse en estas páginas, ni tan siquiera tratándose de un relato novelesco en apariencia.

No he intentado hablar con las autoridades ni con los científicos y antropólogos sobre el tema. Creo que no vale la pena. No me harían ni caso, a pesar de ser quien soy y de las evidencias que podría presentar en apoyo de mi historia. ¿Quién iba a admitir esa

verdad y hacer de ella un estandarte de nuevos asertos científicos? No. El mundo no es así. Lo mismo que los Gobiernos niegan la existencia de «platillos volantes», igual que la NASA está ocultando celosamente ciertos enigmas descubiertos en sus viajes espaciales por los astronautas norteamericanos, como imagino que la URSS hará a su vez con sus propios hombres del espacio, empezando por la muerte misteriosa —y nunca aclarada con certeza—, de tres de sus cosmonautas, en su regreso a la Tierra. Igual, estoy seguro, desearán negar siempre toda evidencia que conduzca a una alteración de las estructuras. El establishment debe triunfar siempre sobre el contexto personal del Hombre. Es lo que ninguna ley afirma, pero todos llevan a cabo fría y deliberadamente. Si alguien lo duda, que hojee *A clockwork orange* o vea el film de igual título que realizó Stanley Kubrick no hace mucho (*El autor alude a La naranja mecánica, película basada en la novela homónima, una mezcla alucinante de política-ficción y ciencia-ficción, sobre la esclavización de la libertad del hombre, incluso la puramente mental y psicológica, por el establishment de turno*).

Por eso he renunciado de antemano a tratar de persuadir a nadie de mi verdad, que es sólo la verdad. No vale la pena. Y tampoco quiero correr el riesgo de ir a ningún hospital psiquiátrico. Vale más que las cosas se queden como están. Otros personajes del drama han coincidido conmigo. Mantendremos un deliberado silencio sobre ciertas cosas. Quizá, en medio de todo, sea mejor así. No conduce a nada tratar de ser sinceros en un mundo lleno de hipócritas. Vale más dejarse llevar, formar parte de la masa que sigue el curso señalado previamente. Sin desvíos, sin protestas, sin oposiciones.

Pero yo sé que todo fue verdad. Todo ocurrió como aquí lo relato. Hay testigos que podrían confirmarlo sin lugar a dudas. Pero les he pedido que no hablen. Que no digan nada. Y les he prometido que nunca les llamaré para hablar de eso con nadie… a menos que, un problemático día, los científicos, los políticos o quien sea, admitieran ser algo más que seres ciegos, sordos y mudos, y resolvieran informar a la gente de lo que realmente sucede y ha sucedido en el mundo. Para prever lo que un día pueda suceder. Entonces, sí hablaremos. Diremos al mundo lo que necesita saber. Lo que debe saber.

Pero claro, en una sociedad donde hablar de anteriores

«visitantes» de otros mundos es blasfemia, y donde teorizar sobre la existencia de cosas más allá de lo conocido, es un signo de alienación, ¿de qué serviría decirles que…, que existe «algo» o «alguien» a lo que sólo se describe cómicamente en las historietas, como un ente divertido y fantasmal, producto de imaginativos y de tontos?

Sí, estoy hablando de… de «él». Del que da nombre a este relato tremendo que aquí inicio, con mis recuerdos de una visita difícil de olvidar en lo que me queda de vida. De «algo» o «alguien» llamado… yeti.

Yeti. Hay quien le llama «abominable hombre de las nieves», en el afán maniqueísta y xenófobo de nuestra miserable concepción de ciertos misterios de la evolución biológica de los seres vivos. Yo, particularmente, prefiero su nombre tibetano. Para mí, siempre será solamente… una criatura llamada yeti.

¿Buena? ¿Mala? ¿Inocente, culpable? ¿Cruel, perversa, ingenua, torpe, sanguinaria, asustada, enloquecida? ¿Real… o inexistente? ¿Sueño, fantasía, evolución, aberración, sugestión?

No sé. No sabría responder a esas preguntas. Todo depende de cómo se vean las cosas. De la forma que se aborde el problema y sus circunstancias. De cómo empezó todo…

Y, quizá, de cómo termine algún día.

Dejemos ese punto del caso. No merece la pena anticipar acontecimientos. Ni hablar de la «cosa», irreal o cierta, buena o mala, posible o imposible…

No. Es mejor empezar por donde todo comenzó para mí. Para otros, ya había empezado antes. Incluso puede decirse que había terminado. Pero esos otros no se conformaban. Buscaban más. Algo más. Lo que fuese. Y necesitaban encontrarlo. Desesperadamente. Inexorablemente.

Por todo ello, me visitó Lionel Sothern. Y su visita, creo que cambió mi vida, total y definitivamente. Aunque lo cierto es que estuvo a punto de cambiarla tanto, que pude haberla perdido en sólo unas pocas fechas…

Si ello no sucedió, todavía sigo creyendo que es un puro milagro. No sé qué clase de milagro, pero hay quien asegura que en el Tibet, existen sucesos que nadie podría explicarse jamás. Incluso ahora, con los soldados de Mao patrullando por los macizos

montañosos, y con muchos monasterios ocupados por las fuerzas de la China continental, ausente el Dalai-Lama por cuestiones político-religiosas de clara desavenencia con los chinos, aquélla es una tierra diferente, un mundo extraño, lindante con lo esotérico puro. Creo que si alguna razón puede buscarse para justificar que hoy día siga con vida, habría que buscarla allí. Quizá porque sea el lugar del mundo donde uno llega a sentirse más cerca de Dios…

Sea como sea, empiezo a escribir mi relato. Y no puedo por menos de hacerlo con quien inició para mí esta delirante historia. Con quien me conduciría, muy pronto, a los límites entre la realidad y lo desconocido, allí donde el entendimiento humano poco o nada significa…

Ese hombre fue Lionel Sothern. Y sus palabras…

Sus primeras palabras, cuando entró en mi despacho, no podré olvidarlas nunca…

—Señor Jeffries. Sé que es usted el mejor en su especialidad. Llevo meses buscándole. Y lo he encontrado. Le contrato. No puede decirme que no. Fije una cifra, una cantidad de dinero por sus servicios, y se la pagaré en el acto. Es todo cuanto puedo decirle…

* * *

«Fije una cifra, una cantidad de dinero por sus servicios, y se la pagaré en el acto. Es todo cuanto puedo decirle…».

Era bastante. Una frase casi mágica.

Contemplé en silencio a mi visitante. Observé su respiración entrecortada, como si hubiera venido a la carrera hasta mi casa, a través de Londres, o como si le faltara siempre el suficiente aliento para respirar normalmente. Sin embargo, me pareció un hombre saludable, fuerte y de poderosos pulmones. Atribuí en el acto aquella especie de irregularidad respiratoria a un hecho evidente: los nervios.

Sí. Estaba nervioso. Muy nervioso. Creo que era casi un estado anímico suyo, porque llevaba algún tiempo esperándome en la antesala, y ahora se había acomodado en mi despacho de modo confortable, sin premuras. En el leve tic de uno de sus ojos, muy azules y muy penetrantes, y en el modo de morderse de vez en cuando el labio inferior, capté también ese aire de nerviosismo latente en él.

—Habitualmente, señor Sothern, mis clientes no acostumbran a ser tan generosos —sonreí con cierta frialdad, sin dejar de estudiarle.

—No me importa como ellos puedan ser. No me importa nada ni nadie, excepto mi propio caso, señor Jeffries. Le he dicho que fije la cifra. Yo le extenderé inmediatamente un talón para el Banco de Londres, que podrá cobrar en el acto. Es todo.

—No, no es todo —moví negativamente la cabeza, tras una leve duda—. Tenga en cuenta que debo saber algunas cosas previamente. Y que no me gusta fijar una cantidad al azar, sin antes discutirla de modo razonable con mi posible cliente. Además…, podría darse el caso, señor Sothern, de que no todo estuviera resuelto por el simple hecho de haberle recibido.

—¿Qué quiere decir? —Pestañeó, endureciendo su gesto.

—No sé si será cierto lo que usted ha dicho sobre mi especialidad. Tal vez sea el mejor, o tal vez no. Pero sí puedo asegurarle que no me falta nunca el trabajo. Puede ser con destino a un safari en África o la India, o simplemente para una expedición científica a cualquier otro lugar del globo. No le he dicho aún que acepte lo que usted viene a ofrecerme, señor Sothern.

—Ya le dije que no hay problema económico. Usted es un profesional. Usted fija sus honorarios, lógicamente. Los acepto de antemano. ¿Puede haber menos problemas para una contratación?

—Puede haberlos, porque no todo consiste en el dinero, señor Sothern —le repliqué con sequedad. Encendí con lentitud, mi pipa y fumé despacio, con aire pensativo, sin quitarle la mirada de encima. Por un momento, aquel hombre fornido, de saludable color, de bronceada epidermis, cabellos canosos, de un blanco plateado, y aspecto de financiero de la City, me pareció desolado, maltrecho, como al borde de la desesperación. Yo añadí lentamente—: Usted parece cifrar todo posible obstáculo en una suma de dinero, pero eso no es así. Para mí, el dinero es una simple necesidad de profesional, pero nunca un objetivo decisivo ni primordial. Hay otros factores por encima de él.

—¿Puede decirme cuáles? Yo los allanaré todos, se lo aseguro. No me importa cuanto pueda contarme. Si usted firmó ya previamente algún compromiso, indemnizaré a quienquiera que sea, le compensaré de cualquier forma que me exija, y en cuanto a

usted…

—Señor Sothern —le corté fríamente—. Vuelve usted a su dinero. Dígame sólo una cosa, antes de proseguir adelante: su propio caso, ¿cree que se resolvería por sí sólo con la ayuda de su dinero? ¿Puede usted hacer algo por sí mismo, con todos sus medios económicos, para zanjar la cuestión sin mi ayuda o la de cualquier otro profesional como yo?

Hubo una brusca alteración en su rostro. A su aire combativo y agitado, sustituyó una expresión aturdida, de amargura y desaliento. Bajó la cabeza con tristeza. Como vencido.

—No —confesó en un murmullo—. No hay dinero en el mundo que me pueda devolver lo que he perdido. Lo daría todo, señor Jeffries, absolutamente todo cuanto poseo, por recuperar a quienes estoy seguro de que nunca más volveré a ver. Por otro lado… sé que incluso esta intentona fracasará. Usted no podrá hacer nada por mí, estará tan impotente como yo mismo para encontrar nada. Pero es mi única esperanza, y debo apurar cuantos recursos humanos me sean posibles, antes de darme definitivamente por vencido.

—Entiendo —asentí, mirándole con cierta compasión—. Ahora, dígame lo realmente importante de cuanto ha venido a exponerme: ¿qué es lo que sucede? ¿Qué ha perdido usted?

—A toda mi familia —murmuró, mirándome fija, patéticamente —. A mi esposa, mi hija… En suma, todo cuanto significaba algo para mí. Ya, ni siquiera merece la pena vivir. Es la esperanza en hallarlas alguna vez, lo que me mantiene con vida. Sólo eso…

No dijo más. Se sumió en un silencio amargo y doloroso, del que no quise apartarle por el momento. Aquel hombre, cuya tarjeta de letras en relieve exhibía el nombre de Lionel Sothern, y por toda aclaración un número de teléfono de Pall Mall, me pareció un guiñapo en esos momentos, un ser vencido por una tragedia interior de proporciones devastadoras.

—Es mejor exponer así las cosas —dije al fin con lentitud—. Todo eso tiene para mí mucho más interés que el dinero. Soy un profesional, pero no necesita recordármelo a cada paso, señor Sothern. Sé que si fijo unos honorarios, los cobraré sin problemas. Su nombre es prestigioso en la Bolsa, en las finanzas del país. Pero olvide su fortuna. Olvide esos detalles. Es mejor que me hable de su problema real, de lo que le ha traído hasta mí. Sólo entonces podré

decirle si, realmente, acepto su encargo o no.

—Ya me ha oído —susurró penosamente—. Lo perdí todo. He agotado todos los medios de que era capaz personalmente por recuperar a mis seres queridos o hallar su rastro. Algo me dice que existe una posibilidad, por remota que sea, de hallarlos con vida. A alguno de ellos, cuando menos. Quizá me esté engañando a mí mismo, pero si no lo intento, si no apuro las posibilidades, toda la vida me acusaría de torpe, de estúpido, de resignado e ineficaz, cuando alguien puede depender de mí todavía…

—Me parece advertir por sus palabras que no me habla de personas muertas, sino simplemente… desaparecidas.

—Sí. Eso es: desaparecidas. Ambas desaparecieron: mi esposa y mi hija, señor Jeffries.

—¿En qué lugar, señor Sothern?

—En el Tibet —me miró con desesperación, y capté un raro destello de horror instintivo en sus pupilas azules—. En el Himalaya.

Apreté los labios, pensativo. Puse mis manos sobre la mesa, sin dejar de estudiarle.

—Un lugar difícil —comentó—. Siempre lo ha sido. Especialmente, ahora. China ocupa parte de esas regiones militarmente.

—Lo sé. He visto a muchas patrullas chinas. Les he pedido ayuda en mi problema, y me han mirado entre irónicas y divertidas, como si se burlaran de mí. No puedo reprochárselo. Lo que les refería era tan absurdo, tan disparatado, que su propio escepticismo ha sido mi mejor lección. No he vuelto a cometer el mismo error aquí. Las autoridades británicas nada saben del hecho, como tampoco lo saben las autoridades militares indias.

—¿Por qué no?

—Es obvio —suspiró—. Se reirían aún más que los soldados chinos. Ellos, cuando menos, están habituados a escuchar fantasías semejantes. Pero aquí, en Londres… Sería imposible que nadie me prestara crédito. Me tomarían por demente, estoy seguro.

—¿No teme que a mí me suceda igual? —apunté.

—Sí —me miró con franqueza—. Lo he pensado muchas veces. Usted es un hombre que se enfrenta a cosas y hechos tangibles, ciertos. Corro el riesgo de que se mofe de mis palabras y me dé una

negativa por respuesta.

—Y aun así, ha venido usted a verme.

—Sí.

—Y está dispuesto a contarme todo eso que supone que nadie puede creer…

—Exacto, señor Jeffries.

—Bien —suspiré—. En ese caso, señor Sothern, adelante. Hágame su relato. Y yo seré el que decida.

—Hubiera preferido… contratarle previamente. Con su contrato firmado, estaría, cuando menos, bien seguro de que usted…, usted vendría conmigo al Himalaya, en mi segundo viaje a ese lugar del mundo.

Le mire silenciosamente. Creo que no leyó nada en mi rostro, y que estaba realmente inquieto por mi decisión. La verdad es que siempre me he considerado un buen profesional, pero aquel hombre me sorprendía con su obstinación. No creo que pueda ser tan excepcional explorador como para que un personaje de la categoría social y financiera de Lionel Sothern, cifre virtualmente todas sus esperanzas en mí.

Sin embargo, así parecía ser. Mi respuesta fue breve pero le dejó, cuando menos, una rendija abierta a la esperanza. No podía por menos de hacerlo así, en atención a la ansiedad y temor que leía en su gesto:

—Señor Sothern, si existe una sola posibilidad de que crea en sus palabras y de que las personas que ha perdido puedan ser rescatadas aunque estén en el fin del mundo…, le doy mi palabra de que aceptaré su encargo inmediatamente. Ahora, por favor, cuénteme su historia. Y me la contó.

Capítulo II

EXTRAVÍO

La ventisca era muy fuerte.

Ramalazos de viento helado arrojaban ráfagas de nieve contra sus rostros ateridos, mal protegidos bajo los gorros de pieles y los cuellos subidos de sus anoraks de recia piel, forrada cálidamente en su interior. Las manos enguantadas, sujetaban con férrea firmeza los bastones con los que les era posible ir apoyándose de modo vacilante y precario sobre el blanco elemento, a su paso por el ventisquero de muros de hielo y angosta senda.

La noche, en torno de ellos, continuaba siendo oscura e impenetrable como una masa de tinieblas del infierno. Un infierno gélido y pavoroso, en el que sus figuras eran como simples y diminutas formas luchando contra las fuerzas gigantescas de una naturaleza hostil y virulenta, capaz de arrastrarles en cualquier momento a las profundidades de uno de aquellos terribles desfiladeros, en cuyo fondo se perdía el abismo, en una visión dantesca de paredes de hielo y masas de sombra inescrutable.

Lionel Sothern llamó con un grito al *sherpa* que iba ante ellos, guiando a la reducida expedición a través de glaciares, hondonadas y cumbres de gigantesca grandiosidad blanca. El nativo giró hacia ellos su rostro aceitunado y curtido, bajo la caperuza de vivos colores. Los ojos almendrados del tibetano, contemplaron al financiero.

—¿Falta mucho todavía? —indagó el magnate de la City londinense.

—Bastante, señor —afirmó el *sherpa*—. Woonye no estar demasiado lejos. Pueblo no lejos de aquí, pero camino difícil. Muy difícil y peligroso. Mejor andar despacio. Tormenta ser aún más

peligrosa.

Sothern afirmó, estremeciéndose. Cambió una mirada de angustia con *lady* Shelley y con su hija Rachel, cuyas cuerdas se ataban a sus cinturas respectivas, formando un cordón de expedicionarios, unidos en aquella senda de pesadilla a través de las perpetuas nieves del Himalaya.

—Animo —pidió a las mujeres, a cuyas espaldas cerraba la marcha del reducido grupo el segundo *sherpa* de la expedición—. Cuando lleguemos al pueblo, podremos descansar tranquilos, y esperar a ser rescatados más adelante de este maldito lugar…

Su mujer afirmó, animosa, e igual hizo Rachel, la joven Rachel, aunque con gesto mucho más dubitativo y escéptico, como si temiera en su interior que las esperanzas de su padre no fuesen tan fáciles de verse cumplidas a breve plazo.

Pegados cuanto les era posible a la vertical pared de hielo, en la que la claridad lívida de aquellas alturas parecía arrancarle destellos de cristal, trataban de evitar la proximidad de los angostos y terroríficos desfiladeros, auténticas grietas abiertas hacia el infierno de la muerte helada, en cuyas vecindades, cualquier resbalón, un paso en falso o una simple ráfaga súbita y violenta de frío viento, podía arrojarles al desastre.

Lo peor de todo es que estaba oscureciendo, y las laderas blancas y desnudas de las cimas del Himalaya ofrecían en torno suyo una enorme, gigantesca pared inhóspita, al pie de la cual debía reptar la muerte, amenazándoles a todos con su invisible presencia.

Cuando llegara la noche, empezarían las verdaderas dificultades, el auténtico desafío al peligro mortal. La oscuridad, las bajísimas temperaturas, el ambiente hostil y la dureza del recorrido, harían mella obligada en todos ellos, a pesar de que los dos *sherpas* parecían conocer bien el terreno que pisaban, y su experiencia y facultades en el recorrido de aquellos senderos helados donde tal vez anteriormente no había llegado a posarse el pie del hombre, parecía una garantía en el grave trance que les tocaba vivir en esos momentos decisivos de su existencia.

Lionel Sothern se pasó la mano enguantada por el rostro, arrancando de sus cejas y bigote las costras de hielo allí acumuladas. Le era difícil ver, a través del denso vaho que escapaba de sus labios entreabiertos, quemados y agrietados por el aire

cortante y el reverbero de los hielos. El cuerpo, bajo las recias pieles, se estremecía bajo el efecto del tremendo frío reinante.

A pesar de todo, había que seguir adelante. Las piernas dolían, tantas eran las millas recorridas en aquellas horas interminables, sobre un suelo difícil y peligroso, donde el más leve error significaría la muerte. Pero el cansancio debía ser olvidado, el deseo de reposar era la peor de las tentaciones posibles, ya que detenerse en la marcha, ceder al agotamiento o a la desmoralización momentánea, significaría la muerte por congelación, en aquellos glaciares que formaban auténticos palacios de hielo de increíble fantasía arquitectónica de aquel gran creador que era la naturaleza.

Palacios de frío, de cristal cegador, de soledad y de muerte. Eso era el Himalaya para los que, como ellos, habían tenido la suerte inicial de sobrevivir a la catástrofe… para enfrentarse ahora a otro peligro tan demoledor y terrible como el que iniciara la peligrosa andadura en los hielos: el propio paisaje que les rodeaba, hostil y erizado de riesgos sigilosos, solapados, perdidos en el laberinto blanco de nieves, ventisqueros, simas y cumbres.

—Sí, cuando menos, hubiera existido alguna vez Shangri-Lah… —murmuró entre dientes el jefe de la familia Sothern, con un repentino rasgo de humor, dentro de su interna exasperación. Miró en torno, al cerco de heladas cumbres blancas que cerraban todo horizonte. Sacudió la cabeza, con desaliento—. No, no creo que existiera jamás. Esas cosas no ocurren en la vida real… No ocurren nunca. Es… es como la historia del «abominable hombre de las nieves…». Esa clase de seres tampoco existen… por fortuna para nosotros.

La comitiva seguía adelante. El *sherpa* conductor se movía con firmeza. Su calzado se apoyaba fuertemente en la dura costra de nieve helada. Su bastón se hincaba en el suelo, como apoyo perfecto a sus impulsos.

De repente, atrás, sonó un grito agudo, inmediatamente, Lionel Sothern se sintió arrastrado al abismo. La cuerda tiró violentamente de él hacia la negrura mortal. Algo le conducía al desastre. Se le erizaron los cabellos, bajo las pieles y el hielo, cuando descubrió la razón.

¡Rachel era engullida por el abismo en esos momentos, tras perder el pie al quebrarse un fragmento de hielo astillado, al filo

mismo de la grieta profunda, de gélidos muros!

Lady Shelley chillaba, al mismo tiempo que ella, ante el horror irremisible. Lionel Sothern pugnó por frenar la caída, aferrando la cuerda con ambas manos. No pudo evitar que siguiera acercándose al vacío, ni que su hija siguiera cayendo, cayendo en el abismo…

De pronto, el tirón se paró. La caída se detuvo. Giró la cabeza, angustiado. Respiró con alivio. Gurka-Ooh, el *sherpa* de atrás, había salvado sus vidas con rara oportunidad.

Aparecía sujeto con fuerza a un saliente rocoso, cubierto de hielo, donde le había sido dado sujetar la soga de unión que les mantenía acordonados, clavando con celeridad, a golpes de bastón, una de las escarpias de metal, sujetando la cuerda tensamente. Dejó de martillear con la puntera de acero del bastón. Jadeante, clavó sus ojos oblicuos en Sothern. Su rostro aceitunado, cubierto de arrugadas, se iluminó con un asomo de sonrisa.

—No tema, señor —dijo—. Señorita a salvo. Cuelga en el vacío ahora. La izaremos. Usted y nosotros también a salvo. Ayúdeme, por favor. Todo estará bien en un momento…

Lionel Sothern, aturdido, asintió. El *sherpa* de cabeza habló en nativo con su compañero, y ambos unieron sus esfuerzos para izar, lentamente y sin daño, a la hija de Sothern hasta el sendero.

Momentos después, un fuerte abrazo unía de nuevo a los Sothern en una piña frenética. Rachel, la joven, sollozaba ahogadamente, presa de un lógico histerismo. Los *sherpas* eran dos rostros hieráticos, inmóviles, como auténticas esfinges tibetanas.

En su gesto no existía emoción aparente alguna. Quizá para ellos, las manifestaciones emotivas de los europeos no tenían demasiado sentido nunca. Poco más tarde, la oscuridad sobre los glaciares comenzaba a ser profunda. Y el sendero crecía en peligrosidad. Sothern manejó su linterna eléctrica, y la claridad, bamboleándose sobre crestas nevadas y paredes de cristalino hielo, produjo un efecto fantasmal.

Uno de los *sherpas* se detuvo bruscamente y miró a su antorcha resinosa, que prendió un momento más tarde. La llama amarillenta hizo bailotear sombras grotescas en la soledad impresionante y silenciosa de las cumbres. Sus propias figuras, recortándose agigantadas en aquellas paredes blancas y azules, producían el efecto de enormes monstruos desconocidos, dispuestos a saltar

sobre ellos desde otra dimensión, más allá de los hielos y de la sombra de la noche. Pero sólo eran ellos. Sus sombras danzando en las paredes eternamente heladas y silenciosas.

—Creo mejor descansar, señor —dijo el *sherpa*, con total ausencia de emociones en sus almendrados ojos y en su rostro hermético, cubierto de surcos profundos.

—¿Descansar? —musitó Sothern, sorprendido—. Creí que no era conveniente, con esta temperatura… y con el peligro de nuevas ventiscas y aludes… Ese pueblo cercano,
Iglo-Waa…
¿Dijiste que se llamaba Woonye?

—Eso es: Woonye. Cerca. Muy cerca. Pero peligroso el sendero de noche. Pocas luces. Mejor descansar. Cerca hay ventisquero cómodo. Ser mejor.

—Está bien —resopló Sothern——. Nuestras vidas están en tus manos, amigo. Haced ambos lo que creáis conveniente. Es lo mejor para todos,
Iglo-Waa.

—Sí, gracias —sonrió débilmente el *sherpa* tibetano. Señaló ante sí—. Sólo cinco minutos andar. Ventisquero Embrujado. Allí descansar.

—¿Ventisquero Embrujado? —Preguntó *lady* Shelley Sothern—. ¿Qué significa ese nombre?

—Leyendas —se encogió de hombros el *sherpa*—. Decir que allí ver hombres blancos al temido yeti una vez.

—¿El… yeti? —repitió Rachel, asombrada—. ¿Existe realmente ese monstruo?

—No saber —sacudió la cabeza el nativo—. Yo nunca ver yeti. Sólo blancos afirmar haberlo visto. Blancos ser muchas veces exagerados. O asustados. Yo no creer siempre. Pero yeti existir.

—Creí que no lo sabías —suspiró Lionel Sothern.

—Existir —corroboró el otro *sherpa*—. Ninguno verlo, pero yeti existir. Yo a veces escucharle…

—¿Escucharle? —Se estremeció Sothern—. ¿Tú le escuchaste?

—Sí, señor. Voz terrible. Rugido de fiera, pero parecer decir… palabras.

—Palabras… —Rachel le contempló con expresión de horror—. Eso no es posible. Si existe el yeti realmente… será un animal, una

especie de gorila… Un monstruo, no un hombre ni un humanoide siquiera. No puede pronunciar palabras…

—Yo escuchar palabras en lengua nuestra —insistió el *sherpa*—. Seguro que él rugir… y hablar también. Hablar palabras que yo entender…

—Bueno, dejemos al yeti —resopló Lionel Sothern, con acritud —. Lo que importa es ese ventisquero. Y que, este embrujado o no, no nos permita vislumbrar a ningún yeti en sus cercanías, por todos los diablos. ¿Podremos soportar la temperatura ambiente toda una noche?

—Seguro —afirmó el *sherpa*—. Con mantas y pieles, y en ventisquero, todo va a ir bien, señor. Temperatura mucho menos baja allí. Poder guarecernos del viento y de ráfagas de nieve.

—Muy bien —suspiró *lady* Shelley, mirando a su esposo esperanzada—. Vayamos allá… y que sea lo que Dios quiera, querido.

La comitiva siguió adelante en la noche inhóspita y cruel de los hielos eternos, como simples figurillas indefensas, perdidas en la grandeza hostil, blanca y helada de las cimas montañosas del Himalaya.

Fueron cinco o diez minutos de marcha lenta y llena de riesgos, sin precipitar una sola pisada, sin moverse más allá de lo preciso, en terreno que pareciese firme y seguro, eludiendo todo saliente, toda proximidad con el tenebroso vacío.

Finalmente, el ventisquero anunciado por los serpas apareció ante ellos, formando amplia herradura de hielo, de altos muros pétreos y blancos, que eran una sólida protección contra los vientos gélidos del norte y contra las fuertes rachas nevadas. Los nativos tenían razón. Lionel Sothern comprobó que, cuando menos, unos diez o doce grados más existían allí de temperatura, por fortuna para ellos. El clima seguía siendo glacial, por supuesto. Pero, cuando menos, la supervivencia, en una noche de acampada, también parecía garantizada para todos ellos.

Ya a resguardo de aquellos duros embates del clima tibetano, protegidos por los muros helados de aquel reducto perdido en las cumbres, Lionel Sothern acomodó a su esposa e hija, entre las pieles de que eran poseedores en la reducida expedición, y luego se encogió él mismo entre las que le correspondían, disponiéndose a

pasar las largas horas de oscuridad en aquel trecho del mundo, a la espera de que un nuevo día les trajera luz, más benigna temperatura —suponiendo que el temporal de nieve no arreciase en su furia, como temían los *sherpas*—, y, en definitiva, el camino de regreso a la civilización, que se iniciaría con la llegada a un lugar, a un pueblo nativo que, cuando menos, fuese el primer paso hacia el hogar, ahora aparentemente tan lejano e inaccesible…

Echó la mirada atrás, con sus pensamientos, evocando cómo había comenzado toda aquella delirante aventura en la nieve. Y se preguntó cómo era posible tanto infortunio, tanta desgracia junta como se les había acumulado en las últimas fechas.

—Tal vez hubiera hecho mejor quedándome en Londres, y no complacer caprichos de mi querida Rachel… —refunfuñó entre dientes, exhalando vaho por entre sus labios apretados.

—¿Decías algo, querido? —murmuró *lady* Shelley Sothern, volviéndose hacia él.

—No, no, nada —murmuró él—. Pensaba en voz alta, eso es todo… Shelley, ¿cómo te encuentras ahora?

—Mejor —sonrió débilmente su esposa, quizá para animarle a él, al tiempo que ella se animaba a sí misma—. Bastante mejor, Lionel. Sobre todo, tengo esperanzas. Creo que si llegamos sin más problemas a ése pueblo tibetano, nos será posible alcanzar la civilización antes de lo previsto…

—Recuerda que son muchos los problemas existentes en esta parte del mundo —dijo Sothern, ceñudo—. Están también los soldados chinos, Shelley. A ellos puede que no les guste encontrarse expedicionarios ingleses en estas tierras… Pueden pensar que somos espías, agentes al servicio de potencias occidentales o cosa parecida.

—Daría algo por ver ahora a unos soldados chinos, por muy maoístas que sean —suspiró Rachel, desde su emplazamiento—. Creo que son infinitamente más agradables que un yeti, pongamos por caso, papá.

—Conforme. Pero el yeti es sólo una leyenda. Y los soldados comunistas, existen. No tengo nada especial contra ellos, claro. La duda está en si ellos lo tendrán contra nosotros, una vez localizados por sus patrullas… Pero de todos modos, prefiero ser prisionero de los chinos por un tiempo, que seguir perdidos en la nieve, sin saber si saldremos de ésta o no.

—Supongo que todos tus reproches ahora, deben, ser para mí, ¿no es cierto, papá? —musitó ella tristemente, mirando a sus padres, muy en especial a Lionel Sothern.

—No, Rachel —suspiró éste—. No te reprocho nada. Si acaso, yo sería el culpable, por haber emprendido este viaje. A fin de cuentas, tú me expresaste un deseo, era tu mayoría de edad, el término de tu carrera de antropóloga con notables notas… y no podía por menos de intentar complacerte. La Antropología te interesaba estudiarla en su propio terreno, y escogiste Asia, desde la India hasta el Mar de Japón, y ese mes de viaje de estudios y de placer a la vez, era lo menos que podía proporcionarte en estas fechas. Lo lamentable ha sido que el viejo ferrocarril de Katmandú sufriera ese accidente en las montañas, y nosotros, al sobrevivir del desastre, emprendiéramos la marcha en dirección totalmente opuesta a la que debíamos seguir, a causa del fallo de la brújula que utilizamos, y que ninguno pudimos sospechar que estuviese averiada… Luego, ya era tarde para rectificar, y nos vimos metidos en el corazón del Tibet, muchas millas alejados de la frontera nepalí… y sin siquiera guías nativos para conducirnos a buen fin. Cuando hemos hallado a esos dos *sherpas* en aquel poblado abandonado por los tibetanos que huían de una operación de patrullas de los soldados de Mao, se ha abierto un resquicio a la esperanza, es evidente. Pero aún falta lo más difícil: llegar a un sitio habitado, desde el cual dirigirse a un lugar en el que exista el telégrafo, el teléfono o cualquier medio de comunicación normal, para reclamar ayuda al precio que sea. Dios quiera que eso suceda mañana, con la arribada a Woonye, el pueblecillo nativo que los *sherpas* han mencionado…

—Dios lo quiera, sí —se estremeció Rachel, la joven antropóloga en viaje de estudios y, a la vez, de fin de carrera—. Sólo me pregunto si…

—Sí… ¿qué? —indagó su padre, mirándola intrigado.

—No, nada —ella sacudió su cabeza, con aire reflexivo—. Se me había ocurrido la idea de preguntarme si existiría, realmente… el yeti.

—¿Ese «abominable hombre de las nieves»? —Lionel Sothern soltó una carcajada—. Cielos, Rachel, ¿y tú has estudiado antropología, para creer semejantes patrañas? Querida, ten en cuenta que el yeti tiene tantas posibilidades de ser un ente real,

como lo tienen los «platillos volantes» de traer a la Tierra a habitantes de otros mundos.

—Los habitantes de otros mundos puede ser una utopía. Pero la existencia de un animal de las nieves que no sea un oso ni tampoco un gorila, podría tener cierta lógica. El Tibet es tierra milenaria, donde a veces es cierto que el tiempo ha llegado a detenerse, como en el mítico santuario de Hilton… Puede haber aquí fósiles de increíble valor científico. Y también algún espécimen vivo de otros tiempos…

—¿Un prehistórico? —Rió Lionel Sothern—. Rachel, si quieres ser una personalidad en la ciencia, desecha siempre de tu cabeza los sensacionalismos y las fantasías de los periódicos populares. Nadie te tomaría en serio, si afirmaras algo así en tu futura cátedra londinense, puedes asegurarlo.

—No trataba de sentar cátedra alguna en esta extraña aula, papá —sonrió Rachel, mirando en torno a las grandes moles heladas—. Sólo expresaba una posibilidad, un temor… ¿Oíste a ese *sherpa*? El asegura haber escuchado a un yeti rugir… y sus sonidos le parecieron palabras…

—¿Vas a creer a los supersticiosos nativos? Todo eso es simple fantasía, miedo de la ignorancia y nada más, Rachel… No hay nada que temer en ese sentido. El peligro que nos acecha es la tempestad, el viento, el frío, la nieve, los aludes, la soledad… Pero no el yeti, ciertamente…

Lionel Sothern dejó de hablar. Sus ojos se clavaron en la llama oscilante de la antorcha de uno de sus guías nativos. De súbito, una expresión de inquietud y zozobra había aparecido en el rostro de Sothern. Todos los rostros se volvieron en la misma dirección, como de común acuerdo. Y el motivo era bien simple…

Era aquel sonido.

Aquella extraña resonancia en la noche, más allá de los fantasmales muros de blanco y endurecido hielo…

Un rugido. La voz de algo viviente, emitiendo un gorgoteo siniestro en la oscuridad. Como un aullido, como un jadeo, como un sibilante y ronco estertor animal…

Los *sherpas* se miraron entre sí, despavoridos. El terror asomó a sus ojos oblicuos, repentinamente angustiados, fijos en la negrura insondable.

—Es él… —musitó uno de los guías tibetanos—. ¡Es… el yeti!

De nuevo, en la noche, se captó el rugido cercano, escalofriante. Muy pálido, Lionel Sothern sintióse estremecer. Los cabellos se le erizaban en la nuca, con un helado y desagradable cosquilleo.

Súbitamente, los dos *sherpas* exhalaron un doble grito de vivo terror supersticioso… y echaron a correr, en franca huida, desapareciendo en las sombras de la noche.

CAPÍTULO III

HORROR

Estaban solos. Los tres solos.

Los últimos gritos desesperados de Lionel Sothern retumbaban en la noche gélida, como ecos perdidos de un pigmeo rodeado de enormes cíclopes blancos:

—¡Venid, cobardes! ¡Volved, estúpidos, malditos seáis! ¡Volved, por todos los diablos! ¡No podéis dejarnos ahora! ¡No podéis hacer esto con nosotros! ¡Volved, os pagaré lo que sea preciso, pero venid a ayudarnos…! ¡No existe el yeti, no hay monstruos en este lugar! ¡No hay nada que temer, necios! ¡Volved ya…!

Inútil. Todo inútil. Se habían ido ya. Sus pisadas, primero blandas y crujientes sobre el blanco elemento, habían dejado ya de sonar de un modo definitivo, perdidas en la noche sin fin de las cumbres tibetanas, donde el mundo parecía ser otro, y donde tierra y cielo daban la impresión de fundirse en nubes de blanco polvo de nieve y grises masas de celaje sombrío, precursor de tormentas alucinantes.

Solos. Se habían quedado solos los tres. Lionel Sothern, su esposa y su hija…

Un silencio profundo, sin principio ni fin, como debe ser el silencio mismo de la muerte, se extendía sobre sus cabezas y formaba un cerco intangible pero angustioso en torno suyo. La vida parecía no existir ya, fuera de ellos tres, solos y perdidos en el ventisquero de nieves perpetuas, a la claridad de la antorcha hincada en unas piedras, con el hielo derretido en torno, goteando sebo caliente sobre las pieles y mantas.

Lionel giró la cabeza. Miró, angustiado, a su mujer Luego, a Rachel, su joven hija recientemente convertida en profesora de

antropología, por la Universidad de Londres.

—Dios mío —susurró—. Y ahora…, ahora ¿qué vamos a hacer?

El nuevo silencio era aún peor que el otro. Peor que ninguno. Era el silencio mortal de personas que no sabían qué decir, ni qué pensar siquiera. Personas rotas, hundidas en una súbita desesperanza, en un abandono absoluto y demoledor. Más allá de los hielos iluminados por la antorcha solitaria, reinaba la noche, el frío glacial, lo desconocido. Y, acaso… el yeti. El mítico, imposible yeti de las leyendas tibetanas. Un absurdo aireado por el sensacionalismo de todo el mundo. Algo que no podía existir. Pero que había provocado la fuga de los dos nativos. Los únicos que conocían el camino. Los únicos que podían llevarles a puerto seguro en un océano fantástico, de nieve y de oscuridad, de frío y de muerte.

—Calma —habló Rachel, incorporándose—. Esperemos al nuevo día, papá. Cuando haya luz, intentaremos algo. Con cautela, podemos llegar. El pueblo está cerca…

—Además, tienes un arma de fuego —dijo Shelley—. Disparando al aire, podemos atraer a los nativos y…

—No —negó Sothern—. Disparar traería efectos contrarios. Les asustaría. Creerían que se acerca una patrulla china… y dejarían vacío el pueblo. Nunca encontraríamos nada. Ni a la gente… ni al propio pueblo. Es mejor intentarlo… tratando de orientarse. Pero para eso, hace falta que llegue mañana…

—Claro —suspiró su hija, animosa—. El mañana siempre llega, papá.

—No siempre, hija —la miró, sombrío—. No siempre…

—¿Qué quieres decir, papá? —Se asustó ella, parándose en seco y mirándole.

—No…, no sé… —Se frotó el rostro, bañado en sudor, pese al frío glacial. Era un sudor helado, pegajoso e incómodo. Sacudió la cabeza, mirando en derredor, hacia las sombras cada vez más espesas, allá detrás de los perfiles blancos del ventisquero—. Es…, es como si supiera que hay algo ahí fuera… no lejos de… de nosotros. Vigilándonos, acechándonos desde la oscuridad…

—¡Lionel! —se exaltó su mujer, irguiéndose alarmada, muy pálida. Sus ojos se dilataron, al buscar en torno, con terror—. ¿Qué pretendes decirnos con eso?

—Quisiera saberlo yo mismo… Quizá sea mejor… ignorarlo. Pero ese rugido, esa voz animal y terrible que captamos antes… ¿qué puede ser, Dios mío? ¿Una bestia tibetana? En ese caso… ¿cuál? ¿Existe un animal en el mundo que emita ese… ese sonido horrible, que no sabe uno si es voz de animal o de hombre feroz y salvaje… de algo peor, de una criatura cuya especie se desconoce?

—Papá, hace un momento no podías creer en… en la existencia de esa «cosa»… Y ahora, pareces tenerle miedo… incluso… incluso terror…

—Entonces…, entonces no había escuchado aún esa voz… esos gritos, rugidos o lo que fuesen… No era lo mismo, Rachel… No era lo mismo…

—Pero, papá… En las nieves existen toda clase de animales feroces, como los osos de las cumbres… ¿Por qué cambiar de idea, sólo a causa de la fuga de esos *sherpas* medrosos? Y aunque existiera algún monstruo peligroso… ahí sí sirve el arma de fuego…

Lionel Sothern contempló el rifle de repetición que reposaba entre, las pieles, y dudó, sacudiendo la cabeza con pesimismo. Sus ojos, al otear recelosamente en derredor, revelaban algo más que inquietud.

—¿Será suficiente, llegado el caso? —dudó.

Hubo otra pausa larga y difícil entre los reunidos al amor del alto muro de hielo cristalino, duro y centelleante. De pronto, el refugio de hielo del ventisquero, se había convertido, sin saber la razón, en una especie de cepo, de rincón siniestro, donde cualquier fuerza desconocida podía acorralarles, cercarles inexorable, fatalmente, encarados a su propio destino final…

Enérgicamente, Sothern fue hasta el arma. Tomó el rifle con su mano enguantada, y caminó con paso rápido hacia el límite de la zona iluminada, clavando sus ojos excitados en la negra noche de sibilante viento huracanado. Lejanas ráfagas de nieve en torbellinos, fingían fantasmales formas de otros mundos, bailoteando en extraño aquelarre, allá entre las cimas nevadas y abruptas, erguidas al negro cielo helado.

—Cuidado, Lionel —le avisó su mujer, angustiada—. No te arriesgues… No debes hacerlo, recuerda que ahora dependemos enteramente de ti…

—Lo sé —musitó roncamente Sothern, mirándolas por encima

de su hombro con una mezcla patética de angustia y de resolución —. Lo sé muy bien, querida… y trato de no olvidarlo en ningún momento…

Paseó por aquella línea, aquella especie de intangible divisoria entre lo conocido y lo ignoto, entre la luz y la sombra, entre el refugio y el exterior tenebroso, en el que cualquier forma de vida era posible. O, cuando menos, parecía posible.

El rugido misterioso no se había vuelto a repetir. El silencio continuaba allá, en las sombras, como en el interior del iluminado ventisquero, donde aún eran visibles las cuerdas enrolladas, las escarpias, picos y bastones de los aterrorizados *sherpas* tibetanos. Como si fuera en aquel viejo filme de Ronald Colman, sobre la novela de Hilton, los perdidos horizontes del Tibet habían llevado el miedo y la excitación histérica a los nativos. Pero esta vez no había un Shangri-Lah, ni unos monjes de extraña mística que les conducía a una longevidad fabulosa. No, nada de eso. Esta vez, el mito terrible y oculto del Tibet era algo más inquietante y pavoroso que un valle perdido, donde la vida feliz fuese una inconcebible realidad: era… un yeti. Un monstruo. Algo o alguien, conocido en todo el mundo por el nombre espectacular de «abominable hombre de las nieves»…

¿Existía ese yeti? ¿Fue su voz la que captó el oído de Lionel Sothern durante unos momentos tremendos e inolvidables?

No podía estar seguro de nada. Sólo sabía que ahora estaban solos ellos tres: él, su esposa y su hija. Y que tenía miedo. Mucho miedo. Por ellas dos. Por ellas, sobre todas las cosas.

Pero la noche en el Himalaya, sólo era una incógnita colosal, envolviéndoles en un velo sutil de fría brisa cortante. Nada sabían. Nada podían confirmar. Nada parecía seguro.

Pero Lionel Sothern seguía asustado. Y, cuando menos, le hubiera aliviado conocer la razón de ese miedo…

* * *

Rachel dormía. Shelley también.

Era un alivio, cuando menos. Sothern paseó rifle en mano, inquieto, nervioso, incapaz de acomodarse, de intentar dormir, de conciliar el sueño. Necesitaba velar, vigilar el reposo de sus seres queridos. No sabía si sería útil para ellas en un momento de peligro,

pero le era necesario mantenerse así. Sólo de ese modo tendría seguridad en que las cosas iban a marchar bien. Al otro día, con la luz solar tras las espesas nubes de las cumbres, todo sería diferente. No le importaría la nieve, ni los hielos, ni siquiera el temporal, pese a sus terroríficas dimensiones en aquellas latitudes. Cuando menos, habría luz para ver. Quizá ningún ser capaz de emitir, aquel rugido fuese capaz de salir a esa claridad y hacerse visible a ojos de los perdidos expedicionarios que pugnaban por hallar el regreso a la civilización lejana, de la que un simple incidente, un descarrilamiento ferroviario en Nepal, con caída del viejo convoy de vía estrecha al fondo de un barranco helado, con cientos de víctimas y total abandono por parte de quienes pudieran ayudarles a salir de aquel infierno, les había distanciado de modo abismal, quizá para siempre infranqueable…

De pronto, se detuvo en seco. Sus pensamientos sufrieron una brusca interrupción. Miró en derredor, alarmado. Quiso saber de dónde venía aquel ruido.

Era escalofriante. Sintió que un frío mil veces mayor que el producido por los hielos, la ventisca y las alturas, se apoderaba de su ser. Pese a ello, notó transpiración entre los fragmentos de hielo cristalizados en sus cejas y bigote, e incluso en sus propias pestañas.

Era… un jadeo.

Un extraño, alargado, siniestro jadeo. Como un animal agonizante.

Alzó el arma. Dudó, entre avisar a su esposa e hija que dormían, o encarar por sí solo el peligro, si es que era un peligro, como presentía. Quizá era mejor dejarlas dormir. Si había ocasión, apretaría el gatillo. Tenía el rifle, en situación de disparó, el dedo temblaba en el gatillo. No haría falta mucho para hacer fuego, ocurriera lo que ocurriera. Y el estampido del arma despertaría a Shelley y a Rachel, con tanta o mayor seguridad que su grito de alarma.

Y si esa alarma era infundada, si el disparo no llegaba a producirse, por falta de motivo para ello, ¿a qué asustarlas inútilmente, tras las vicisitudes sufridas?

Avanzó unos pasos. Hacia la noche. Hacia las sombras. El arma apuntaba ante sí, a la oscuridad. Si algo se movía allí… dispararía. Seguro.

Otro paso más. Y otro. Aguzaba el oído. Apenas si su calzado crujía sobre la nieve endurecida, a causa de la envoltura de recias pieles que le aconsejaran usar los dos evadidos *sherpas*.

El jadeo se repitió de repente.

Y tan cercano, que ahora sí sintió Lionel Sothern que toda su cabellera se erizaba, como púas de alambre. Una corriente helada sacudió su epidermis, haciéndole temblar. Disparó, sin una sola vacilación, apuntando a la forma que se movía de repente delante de él, surgiendo de la oscura noche como una pesadilla.

El estampido primero. Seco, áspero estampido de rifle, que despertó ecos profundos y lejanos en las cumbres. Rodó algo en la distancia, con sordo rumor. Acaso bolas de nieve, movidas por la vibración. Otro peligro de las sendas siniestras del Himalaya.

Luego, los gritos. Los gritos de mujer: Shelley y Rachel, en primer lugar. El grito de hombre, en segundo. Grito humano, profundo y grave. Después, un rumor en la nieve. Algo rodó por el blanco situado ante él. Una forma oscura, que dejó tremendos regueros rojos, espesos, goteantes…

—¡Lionel! ¡Lionel, Dios mío! ¿Qué ocurre?

—¡Papá, papá! ¿Quién está ahí?

—Callad las dos —jadeó roncamente Lionel—. No sé lo que era… pero sea ello lo que sea, creo… creo que ha caído…

—¿Qué?

—Ha caído… Ya digo que no sé… no sé lo que ello sea. Venía… venía hacia acá, emitía unos jadeos extraños, horribles… Y ha caído. Logré… logré abatirlo de un disparo… Voy a ver lo que ello sea…

—¡No, no! —Chilló Shelley Sothern, alarmada—. ¡No vayas, no nos dejes solas! ¡No te aventures tú en la oscuridad, querido…!

—No temas. Llevo la lámpara eléctrica. Y el arma. Quienquiera que haya por ahí, no puede ser inmune a las balas, estoy seguro… Quedaos juntas, tal como estáis. Vuelvo inmediatamente. Veo ahí mismo la forma tendida… y no parece muy grande. No temáis nada…

Se adelantó unos pasos. Había extraído el arma. Proyectó un chorro de luz hacia la oscura noche. Una franja de claridad blanca, lechosa, centelleante y cegadora al reverberar en el hielo, recorrió un amplio semicírculo en torno de su figura. Para detenerse,

finalmente, sobre el cuerpo oscuro, el bulto tendido en la nieve. Encima de un enorme charco de sangre…

Lionel Sothern se adelantó dos pasos más, para ver mejor. Sus ojos incrédulos se desorbitaron, bajo la caperuza de recias pieles. Su boca se abrió, emitiendo un tartajeante sonido ronco, inarticulado, casi inhumano.

Contempló aquel cuerpo atrozmente mutilado, que se había arrastrado sobre el hielo, en su dirección, dejando regueros de sangre cuajada, negruzca y espesa. Le faltaba una pierna. Y los dos brazos. Habían sido arrancados como de cuajo. Acaso a golpes de hacha. O peor aún: a dentelladas.

Era lo único que sugería la atroz escena. Y no era todo. El cuerpo ofrecía huellas de mordeduras voraces. La sangre le envolvía. Estaba desangrado virtualmente. Su bala, la bala disparada por el rifle de Lionel Sothern, solamente había agujereado la cabeza de un moribundo que se arrastraba en busca de algo, de no sabía quizá el qué…

Y ese moribundo, ese despojo humano, mutilado y sangrante… era
Iglo-Waa,
el primer *sherpa* de la expedición.

Luego, de repente… a sus espaldas sonó el alarido qué heló la sangre en sus venas.

Lionel Sothern se volvió, horrorizado, incluso separando con dificultad sus ojos de aquellas mutilaciones terribles, desgarradas, que parecían revelar la presencia de un devorador demoníaco, una especie de Saturno que hubiera elegido otro festín, a falta de sus míticos hijos…

La sombra enorme se interponía entre él y las dos mujeres. Borrosamente, como en una pesadilla, captó los movimientos de aquella forma inverosímil, recortada contra la luz, apenas identificable, pero evidentemente velluda, de un tono blanco sucio o grisáceo, a la claridad de la antorcha…

La mano le tembló de tal modo, que escapó de ella la lámpara eléctrica, rodando por el hielo, lejos de su alcance. El foco de luz pasó de modo fugaz sobre aquel cuerpo desgajado de extremidades tronchadas a mordiscos terroríficos, de alguna bestia increíble… Cuando él hirió de muerte al pobre *sherpa*, creyéndole un enemigo,

lo único que hizo fue acelerar en unos escasos segundos la muerte de un ser desangrado y roto.

Pero detrás de él, ahora, ante sus propios ojos, asomaba ahora, amenazador sobre las dos mujeres, una masa informe, gigantesca, desorbitadamente agigantada por el juego de luces y sombras, que parecía cubrirlas con su masa velluda.

—¡Shelley! ¡Rachel, hija! —Llamó, desesperado—. ¡Escapad, pronto! ¡Huid, no perdáis tiempo…!

Los gritos de ellas eran la respuesta a sus demandas exasperadas. Pudo ver, borrosamente, que ambas corrían, alocadas, en dirección opuesta a la previsible: esto es, se alejaban hacia las sombras…, ¡pero en ruta opuesta a aquel lugar donde él se hallaba ahora!

—¡No, no! —aulló—. ¡Eso, no! ¡Venid hacia acá, por el amor de Dios!

Y alzó el arma, comenzando a disparar al aire, porque temía herir a ellas con sus balas, dada la proximidad del monstruo increíble. Éste, pesada pero resueltamente, las seguía, en todo momento dándole la espalda, sin permitir que él pudiera ver el rostro, la real apariencia de aquella especie de cuadrumano alucinante, surgido de la noche helada, de aquel auténtico yeti materializado como por arte de magia ante las mujeres indefensas…

La oscuridad engulló a todos. A ellas… y a él. Un grito ronco, exasperado, brotó de la boca de Lionel Sothern:

—¡Oh, no, no! ¡Eso, no…!

Y corrió en pos del monstruo y de las dos mujeres, su esposa e hija. La noche los absorbió a todos bruscamente. Sin luces, sin orientación Sothern localizó borrosamente ante él a su esposa e hija. Captó sus gritos agudos, terribles, acaso de simple terror. Pero él no podía saber qué era lo que los producía.

E indistintamente, con sus gritos, le llegó de nuevo aquel berrido extraño, ronco y escalofriante, la voz sorda y torpe de una bestia, de un animal extraño y pavoroso. Recordó de forma vaga a sus *sherpas*, uno de los cuales yacía cerca de aquel lugar, convertido en una horripilante masa de carne humana desgarrada, desmembrada, devorada por algo indescriptiblemente voraz y cruel…

¿El yeti? ¿El monstruo que perseguía a las dos mujeres?

Evidentemente, la respuesta sólo podía ser una: afirmativa. El mismo ser. El mismo culpable. Y si daba alcance a las dos mujeres…

Lionel no quería ni siquiera imaginario. Era todo demasiado espantoso, demasiado aterrador…

—¡Shelley! —siguió gritando—. ¡Rachel! ¡Escuchadme, por Dios, escuchadme! ¡Huid, huid de ese ser, de ese monstruo abominable! ¡Sea el yeti o no, ha despedazado a un hombre mortalmente…! ¡Escapad a sus garras…!

No sabía si le escuchaban. Disparó alocadamente hacia la noche, hacia la nada. De súbito, su oído fue herido por un agudo, espantoso grito de dolor, de agonía, acaso de muerte…

Siguió otro grito similar. Pudo reconocer en ambos gritos el sonido de las voces, su inconfundible timbre familiar…

Eran ellas. ¡Ellas!

Y luego, aquel rugido atroz…, como modulando sonidos inarticulados, breves… Como palabras o monosílabos…

Después… silencio.

Un silencio largo, profundo, espantoso. El silencio de la muerte. De la nada.

—¡Nooooo! —rugió, enloquecido, Lionel Sothern.

Y disparó. Disparó una, dos, cuatro, diez veces. Hasta vaciar el rifle. Disparó al aire, alocadamente, moviéndose como un demente en la nieve, alejándose del ventisquero, iluminado de modo fantasmal a sus espaldas…

Por fin, rodó a una profunda sima negra. Sintió que era engullido por una nada formada de sombras y de vacío, de hielos y de soledad… Su cuerpo golpeó en muros helados, rebotó en masas de nieve quebradiza…

Y perdió toda noción de lo que le rodeaba. Dejó de ser, de pensar, de saber. Dejó de sentir. Dejó de ser algo o alguien. Se hundió en una negrura que era algo más que una simple grieta en cuyas paredes se golpeaba hasta el aturdimiento.

Aquella oscuridad penetró en su cerebro. Y lo borró totalmente.

CAPÍTULO IV

EXPEDICIÓN

—Una historia fantástica. Demasiado fantástica, diría yo.

Se puso hielo en su scotch. Agitó el brazo, con el alto vaso entre sus dedos, al compás de la música de la grabación. Le estudié, pensativo, desde mi propio asiento. Moví la cabeza de un lado a otro.

—Pensé lo mismo al escucharle —admití—. Pero luego, empecé a cambiar de idea.

—¿Cambiar de idea? —Dirk me miró, asombrado—. ¿Quieres decir que…, que creíste en el yeti?

—No es exactamente eso —suspiró—. Puede que el yeti sólo exista en la imaginación de ese hombre. Es lo más fácil de admitir, Dirk. Pero Lionel Sothern no es un hombre impresionable. He podido constatarlo en muchos aspectos. Sin embargo…, está muy asustado. Vio algo. Algo anormal. No sé lo que fue. Él no ha descrito a… al animal. Pudo ser un oso. Un oso gigantesco. Los hay en regiones heladas. También ellos pueden mutilar a un hombre.

—¿Entonces? ¿Qué piensas hacer? No me dirás que aceptaste el trabajo…

—Sí. Es lo que hice. Firmé mi contrato con Lionel Sothern. Pero no es sólo eso. Un contrato puede anularse. La palabra de honor, no.

—Cielos, Brad, me asombras. ¿Qué dirá Sue cuando sepa esto?

—No lo sé. Mi trabajo es explorar. Y a eso voy a dedicarme en los próximos meses. Es lo que quería decirte. También quería preguntarte si… si quieres formar parte de la expedición. Sabes que necesito un buen ayudante. Y tú lo eres.

Dirk Kennedy me estudió como hubiera podido mirar a un bicho

raro, de desconocida especie. Había logrado sorprenderle y aturdirle. Bebió un trago antes de objetar:

—Brad, ese tipo te ha inculcado sus obsesiones. Si no hay yeti, habrá algo que terminó con su esposa e hija. O las perdió en la nieve, simplemente. Los tibetanos le encontraron un día, deambulando enfermo, medio chiflado, de pueblo en pueblo, como un pobre tonto… ¿Eso significa algo? ¿Hay pruebas de que sucedieran las cosas como él las ha referido?

—No, ninguna. Se trataba de creer o no creer en la palabra de un hombre. Yo he preferido creer.

—Ya. Los tibetanos dicen que estaba chiflado. Lo entregaron a los chinos de Mao como tal. Los soldados chinos lo enviaron a un hospital militar de China continental, y de allí, gentilmente, lo devolvieron, medio curado, a las autoridades consulares británicas. ¿Todo eso te mereció algún crédito, Brad?

—No sé… —Sonreí vagamente, entornando mis ojos soñadoramente casi—. Acaso me recordó la historia de Robert Conway… y pensé que también por él brindaron un día sus amigos… deseando que hallara su Shangri-Lah (*Como habrá observado el lector, el autor hace numerosas alusiones al tema de Horizontes Pendidos, de Hilton, que quizá conozca en sus versiones cinematográficas —notable la primera, desgraciada por completa la segunda, hecha «pastiche» musical por Hollywood—, sobre el mito idealista de un monasterio y un valle en el Tibet, donde el hombre alcanzaba la longevidad por la ausencia de problemas y ambiciones*). No me gustaría que, por mi culpa, Lionel Sothern no hallara nunca lo que está buscando…

—Eres un maldito romántico incorregible —se quejó amargamente Dirk—. Tú y tu Shangri-Lah… Es algo tan mítico como el yeti. Pero aquello, cuando menos, no pretendía ser real, sino solamente una novela. Esto es diferente. Te embarcas en un viaje peligroso. Nieves perpetuas, glaciares, tormentas de nieve… y chinos comunistas. Es una mala combinación, si las cosas salen mal dadas.

—Soy apolítico —reí—. He estado dos veces en Pekín. Espero que eso, y mis rudimentarios conocimientos de la lengua del Celeste Imperio, me sirvan de algo, llegado el caso. Después de todo, según tú…, ¿qué otra cosa podemos temer, sino a los invasores del Tibet y

a los hielos y ventiscas? El yeti… no existe. ¿Temes venir conmigo?

—Sabes que no, maldita sea. Es más: conoces de antemano mi respuesta —me miró, enfurecido—. Llevo tiempo deseando volver a Asia. Ésta sería una buena ocasión.

—Ya sabes: el veinticinco por ciento de mis honorarios, como de costumbre. El señor Sothern paga muy bien. Podrás acrecentar tu fortuna personal considerablemente.

—Si volvemos de ese viaje —rezongó él.

—¿Por qué no vamos a volver? —dije, irónico—. Incluso es posible que traigamos con nosotros a un yeti para el Zoo de Londres…

—Vete al diablo —se irritó mi amigo. Apuró de un trago su vaso, y detuvo el magnetófono para cambiar por una vieja melodía de los Beatles—. ¿Y Sue?

—Sue… —Su insistencia en el tema, me hizo fruncir el ceño—. Es cierto… ¿Qué dirá ella a todo esto? Mucho me temo que no le guste demasiado la noticia de un largo viaje al Tibet… quedándose ella en Londres.

—Eso va a ser lo peor. No quisiera estar presente cuando lo sepa.

—Yo tampoco —suspiré—. Pero debo estar. Y ya me imagino lo primero que dirá en cuanto lo sepa; algo así como: «Brad Jeffries, ¿te imaginas acaso que Sue Warner va a ser tan estúpida de quedarse medio año en Londres, muerta de aburrimiento, esperando tu regreso para ver aplazada la boda una vez más?».

* * *

—Brad Jeffries, ¿te imaginas quizá que Sue Warner va a ser tan necia como para quedarse en Londres durante no sé cuántos meses, esperando aburridamente tu regreso del Tibet, y entonces ver aplazada una vez, más nuestra boda?

No me gusta dármelas de adivino, pero estuve seguro de que, poco más o menos, ésas fueron las palabras que yo, previamente, había pronosticado al bueno de Dirk en nuestra reunión previa. Palabras que ella ahora repetía aproximadamente iguales. O, cuando menos, idénticas en su intención.

Contemplé a Sue sin saber qué decirle. Era curioso, pero del mismo modo que predije su comentario inmediato, había

especulado ya sobre una serie de excusas a presentarle en ese momento. Ahora, sin embargo, no me surgió ninguna que me pareciera medianamente convincente, y opté por salvar la situación con toda franqueza, abordando el problema por su lado más directo.

—Tienes toda la razón —admití, sacudiendo la cabeza—. No tenía la menor intención de abandonar Londres, cuando menos en un año, pero…

—Pero vas a hacerlo, porque te ha salido un cliente rico y caprichoso, que paga el viaje, los gastos y los altos honorarios del más famoso explorador de toda Inglaterra, ¿no es cierto? —se mofó ella, fríamente, contemplándome con sarcasmo.

Lo siento, pero si alguien es capaz de desarmarme y causarme más problemas que un rinoceronte en África o un tigre en la India —y quizá más que un yeti en el futuro, si es que el Tibet me reservaba tan extraño espécimen—, ese alguien es justamente Sue Warner, mi prometida. Y esta vez no era una excepción, ni mucho menos.

Por el momento, no supe qué responder. Luego argumenté con bastante debilidad.

—Es una causa digna, Sue. No se trata de cazar animales, muertos o vivos. Se trata de buscar a dos seres humanos. Dos mujeres. Una esposa y una hija. Piensa bien en ella, podría sucederle a cualquiera. Incluso… incluso a nosotros alguna vez, en el futuro…

—Mucho lo dudo, Brad Jeffries —me cortó secamente, haciéndome sentir muy frágil sobre el delgado hilo de aquella pobre coartada mía—. Porque no creo que nunca nos llevarás a mí ni a esa hipotética hija a lugar alguno del mundo, en tus correrías profesionales.

—Oh, Sue, eres cruel conmigo. Y con Lionel Sothern también —traté de mostrarme áspero con ella, como lleno de justos reproches—. Piensa que el suyo era un simple viaje de placer, la celebración alegre de un fin de carrera. Hubo un accidente de ferrocarril, un extravío en el Nepal, atravesaron la divisoria, se adentraron erróneamente en el Tibet, por el macizo montañoso del Himalaya. Unos *sherpas* iban a devolverles a la civilización… cuando una nueva desgracia le arrojó a la desgracia. Perdió a su esposa e hija, jamás pudo hallarlas. Y está seguro de haber visto a… a un

«abominable hombre de las nieves», cerca de ellas, atacándolas… Pueden haber muerto. O huyeron, y están perdidas en el Himalaya.

Sue me contempló asombrada. En seguida supe por qué.

—Oh no, Brad. No puedes tragarte toda esa fantasía increíble… ¡Un hombre de las nieves, dos mujeres extraviadas durante meses enteros en la nieve… y a las que él espera hallar! ¿Cómo recorreréis todo el Himalaya, con sus miles y miles de millas? ¿En helicóptero o en automóvil?

—Sue, es tu día malvado —me quejé—. De todo te mofas. No tienes conciencia.

—¡No sé si tengo conciencia, Brad, pero sí tengo cerebro! ¡Y no puedo explicarme que nadie acepte semejante locura! Ese hombre, como padre y esposo, puede creer lo que quiera, pero tú no. Eres un profesional, sabes lo que es una misión lógica y lo que es una locura. No puedo imaginar que vendas tu honestidad de explorador a un pobre loco, sólo a cambio de un puñado de miles de libras.

—Sue, estás ofendiéndome —repliqué—. Yo no sé si viven esas dos mujeres. Es más: no puedo creer que existan aún, ni siquiera que podamos hallar sus cadáveres o sus huesos en la nieve, pero él tiene fe. Cree estar seguro de que hay una posibilidad, una sola, por remota que sea, de que viven, en algún perdido rincón de ese macizo montañoso que forma el techo del mundo. No se trata de ir desde Kabul hasta Chungking, o desde Lahore a Lhasa. Es sólo una parte del Himalaya, un recuadro de unas millas, acaso cien a la redonda, o quizá menos. Hay un pueblo cerca. Un lugar llamado Woonye. Eso es cuanto sé. Y puede que baste. No tengo derecho a matar en ese hombre toda esperanza. Porque estoy seguro de que Lionel Sothern dejaría de existir apenas supiera que no hay el menor resquicio de luz, la menor posibilidad de recuperar a quienes constituían toda su vida: su esposa e hija…

Hubo un silencio. Tal vez me había mostrado demasiado sentimental. Pero por una vez, mi sensiblería causó efecto en Sue. La vi vacilar. Inclinó su cabeza suavemente rubia. Cuando me contempló de nuevo, sus verdes ojos profundos tenían una curiosa luz de inteligencia y comprensión.

Vino a mí. Puso sus manos en las mías. Y me preguntó, sencilla y llanamente, dejándome tan sorprendido como aliviado:

—Está bien, querido. Vistas así las cosas, quiero comprenderte.

Haz lo que te dicte tu conciencia. No voy a reprochártelo. Estaré esperándote, Brad. Sin un reproche. Sólo te pido que te cuides mucho. Que regreses, por Dios. Sólo eso…

—Soy duro de pelar —reí—. Regresaré, no lo dudes. Y tienes mi promesa formal: apenas nos veamos de nuevo, después de mi partida…, seremos marido y mujer. Justo en ese momento, Sue. Sin más demoras.

—Promete eso —sonrió ella, dulcemente—. Prométeło, Brad.

—Lo juro —asentí—. Cuando volvamos a vernos, tras mi marcha hacia el Tibet, nos casaremos. Palabra, Sue. Sin más aplazamientos, sin excusa ni pretexto alguno.

—Muy bien —asintió ella—. Recordaré tus palabras… Y te las haré recordar, si tratas de faltar a esa promesa, no lo dudes.

—No hará falta —murmuré—. Es una promesa formal, indestructible, Sue. Sólo la muerte podría impedir que se cumpliera… y no espero morir aún.

—Suerte en ese viaje, Brad —me rodeó con sus brazos, y sentí su boca húmeda y palpitante buscando la mía. Cuando se apartó de mí, la miré profundamente a los ojos, cuyo verdor era casi el de las profundidades de unas aguas turbulentas y enigmáticas—. Y cuídate mucho. ¿Cuándo saldréis hacia tan lejanos lugares?

—Mañana mismo, Sue. Es un vuelo normal, desde Londres hasta Nueva Delhi. Desde allí, un avión especial privado nos llevará a Dirk, a Sothern, y a mí rumbo al Tibet.

—El Tibet… —Los ojos de Sue se entornaron, y sentí cómo escapaba un suspiro por entre sus labios carnosos y sensuales—. Suerte, Brad. Mucha suerte… Me temo que vas a necesitarla.

—Sí —admití—. La suerte siempre hace falta en mi trabajo, Sue, tú lo sabes. Pero hasta ahora nunca me faltó. ¿Por qué habría de ser diferente ahora?

No añadí más. Ella pareció satisfecha con ese comentario. Pero interiormente yo sabía que por alguna razón que no atinaba a concretar en mi mente, esta vez, más que nunca, iba a necesitar de esa suerte que ella me deseaba.

No sabía por qué. No quería pensar que fuese por aquella criatura horrible que mi nuevo cliente creyera vislumbrar en su delirante noche del ventisquero, allá en el Himalaya, pero quizá en el fondo sí era ésa la razón de mis ocultos temores.

Unos temores que Sue no llegó a conocer nunca, antes de mi partida hacia Asia, en compañía de mi compañero y más fiel colaborador, Dirk Kennedy, y de mi propio cliente, Lionel Sothern.

Nosotros tres emprendimos aquel día el vuelo, en el avión de la BEA que más tarde enlazaría con el de la Indian Lines, hacia Nueva Delhi.

La gran aventura había comenzado. Y yo sabía que en aquella expedición, una más en apariencia, dentro de la vida de un explorador profesional, había un cuarto viajero, un invitado intangible que nos escoltaría inexorablemente hasta el término de mi misión en tierras tibetanas. Un personaje al que ninguno podíamos ver físicamente, pero cuya presencia real íbamos a sentir muchas veces junto a nosotros, no tardando mucho tiempo, con toda su escalofriante significación.

El terror.

Ése era el cuarto viajero en nuestra expedición al lejano Himalaya: el terror.

* * *

Nueva Delhi era nuestro primer punto de destino. Atrás quedaba un viaje de miles y miles de millas devoradas por el reactor de línea regular. La India, abigarrada y multicolor, mezcla heterogénea de erotismo ancestral y de rituales puritanos, de grandeza y de miseria, de esplendor y de hambre, de lujo y de mendicidad, se mostraba ante nuestros ojos como un abanico policromado y fantástico, que en nada hacía pensar en futuros trances dramáticos o en horrores indescriptibles. Pero si Dirk ni yo acostumbrábamos a fiarnos de simples apariencias. En cuanto a Lionel Sothern, estaba por encima de todo eso.

Él buscaba algo muy lejos de todo tipismo o toda atracción exótica. Algo muy querido, perdido no a mucha distancia ya de aquella capital india, donde los grandes palacios y la historia se daban la mano con la explosión demográfica, los errores religiosos que conducían al hambre, por no sacrificar reses calificadas de sagradas, y por la sequía y la pobreza de las tierras de labranza.

Más allá, en los perfiles azules y blancos que se difuminaban en la distancia, donde el Nepal formaba divisoria con China continental, donde las tropas de Mao habían arrasado militarmente

las ciudades sagradas de los lamas y de sus adeptos, borrando con la presencia de las armas y los uniformes el encanto hermético, milenario y esotérico de sus ciudades prohibidas, sus monasterios y monumentos, y sus extraños ritos, entre religiosos y mágicos… Mucho más allá, en la enorme cordillera que se alzaba hacia los cielos, como el desafío del planeta Tierra a los espacios celestes, estaba la clave de su gran pérdida humana.

Y hacia allá íbamos nosotros ahora. Tras la breve escala forzosa en Nueva Delhi, partiríamos hacia el Nepal, en vuelo charter, a bordo de un aparato fletado por Lionel Sothern para aquella expedición, en busca de la zona donde debía hallarse un pequeño pueblecillo tibetano, un villorrio llamado Woonye, la única pista real de que disponía él para localizar el Ventisquero Encantado… y la huella del yeti. Que era, en el fondo, la de su esposa e hija, perdidas quizá para siempre en el formidable macizo montañoso que arañaba los cielos, en la cumbre del mundo.

La compañía hindú que se encargaba de suministrarnos el avión para aquel vuelo, junto con un piloto experimentado en tales recorridos, se había cuidado ya de todos los detalles relativos a la segunda y decisiva parte de la expedición. Pero yo preferí supervisar por mí mismo cuanto estaba realizando, para evitar posibles olvidos o errores.

Un aeródromo civil, no lejos de la capital india, alojaba el avión que habíamos de tomar. No me convenció demasiado como tal, puesto que era solamente un bimotor de ocho plazas, con una carga considerable, pero no demasiado seguro a juicio mío, pese a estar cuidado en lo más importante: su motor y funcionamiento, así como la reserva de combustible.

—¿No hay mejores aviones para esta clase de vuelos? —pedí al funcionario indio del círculo de aviación civil.

—No, señor, y de veras lo siento —me respondieron—. Las condiciones actuales de vida en la frontera indio-china no son las más favorables. La aviación militar controla virtualmente todo, y solamente viejos aviones, completamente puestos al día, eso sí, pueden ser destinados a misiones privadas como ésta. Por otro lado, tampoco muchos pilotos se arriesgan a desafiar un posible ataque de los antiaéreos chinos, y eso dificultaba bastante nuestra tarea. Los pilotos de que disponemos no serían capaces hoy en día de

tripular reactores, aunque se les pagase a peso de oro. Sin embargo, Rahmi Chandra es un buen piloto, seguro. Les llevará a buen fin, ya lo verán.

—¿Rahmi Chandra? —repetí—. ¿Es experto en recorrer el Himalaya?

—Lo es. No puede decirse que conozca la región como la palma de su mano, porque no creo que haya piloto capaz de tal proeza, a menos que lleve su avión el ministro del Aire del Gobierno indio —sonrió con buen sentido del humor mi interlocutor—. Pero Rahmi Chandra ha sobrevolado muchas veces el Himalaya, y conoce sus problemas. Estén seguros de que eludirá las tormentas, será capaz de llegar mucho más lejos que cualquier otro piloto, en habilidad y buen juicio… y hasta es posible que localice con más facilidad que muchos el lugar concreto que ustedes buscan. Rahmi Chandra ha sido durante años piloto de helicópteros en Nepal y el Tibet, tiene amigos tibetanos, algunos *sherpas* entre ellos, y se conoce gran parte de las regiones meridionales del Himalaya. Están en buenas manos, no lo dude, señor Jeffries.

No quise dudarlo. Parecían buenas credenciales aquéllas. Pero el avión seguía sin gustarme. Y tampoco los riegos adicionales que la presencia de patrullas chinas en el Tibet podía provocarnos, pese a lo apolítico de nuestra misión. Confiaba en que, llegado el caso, mis dotes de diplomático y mi vago conocimiento de China, sirvieran de algo, cara a cualquier problema.

Pero eso sí: mis temores continuaban extrañamente alojados en mi interior. Y aquel día, de modo sorprendente, se agudizaron aún más. Fue cuando en dos o tres ocasiones giré la cabeza, preocupado, mirando detrás de mí, en las concurridas calles a los abigarrados zocos de Nueva Delhi.

—¿Qué te ocurre, Brad? —me preguntó Dirk Kennedy, preocupado, arrugando el ceño y buscando en vano, a mis espaldas, la razón posible de aquella búsqueda mía anterior.

—No lo sé —confesé, inquieto—. Es… es como si en varias ocasiones hubiera notado una mirada fija en mi nuca. La mirada de alguien que me sigue, que me vigila…

—Eso es ridículo, Brad —rió entre dientes mi amigo—. Nadie puede seguirnos aquí, en esta ciudad. Nadie tiene por qué preocuparse de nosotros.

—Sí, en buena lógica así debe de ser —admití a regañadientes. Luego, moví la cabeza, nada convencido por ello—. Y sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué, Brad? —Me interpeló enérgicamente Dirk —. Aunque existiera ese maldito yeti de las montañas… ¿ibas a encontrarlo aquí, en plena ciudad, siguiendo tus pasos?

—No, eso no —sacudí la cabeza, negando—. Pero puede haber en todo esto algo más que un yeti, Dirk.

—Como por ejemplo, ¿el qué? —me exigió mi amigo, con tono apremiante.

—Si lo supiera… —Miré en torno mío, a las gentes de la ciudad, a los turbantes, túnicas y mantos de los nativos, a sus nobles facciones, a sus rostros enjutos, alargados y terrosos, a sus profundos ojos oscuros, a los lunares rojos de las mujeres, sobre sus cejas arqueadas y enigmáticas, de tienda en tienda, de tenderete en tenderete o de templo en templo. Todo parecía perfectamente normal en derredor. Todo, menos yo. Y menos mis raros presentimientos actuales. Al final, suspiré, confesando entre dientes, mientras reanudaba la marcha—: Creo que estoy demasiado excitado por algo que no tiene sentido. Olvídalo, Dirk. Olvídalo…

Hizo un gesto, como admitiendo que así sería. Pero estuve seguro de que a Dirk le sorprendía tanto como a mí aquella rara susceptibilidad mía de los últimos tiempos. Y la sorprendí varias veces mirando atrás, como si también él temiera que alguien nos vigilase en las calles de Nueva Delhi.

Naturalmente, tampoco él descubrió razón alguna para aquellos recelos. Pero yo seguía pensando, a pesar de todo, que había algo fuera de lo común en aquel viaje. Algo que viajaba con nosotros, y que era algo más que el simple miedo a lo desconocido.

CAPÍTULO V

VUELO AL MISTERIO

La sombra del avión se dibujaba en las laderas blancas y en las crestas de hielo de aquellas primeras estribaciones montañosas, en la región norte de Nepal. Allá, en la distancia, recortándose en un celaje de un azul límpido, salpicado de altas nubes blancas, se silueteaban las grandes cumbres, como siluetas borrosas, casi cristalinas. Era el macizo central del Himalaya.

—A la izquierda, Katmandú —sentenció Dirk Kennedy, inclinado sobre los mandos gemelos de los que empuñaba el piloto indio Rahmi Chandra—. Y a la derecha, el Monte Everest… La cima del mundo.

El piloto asintió. Sus manos sostenían firmemente el timón. Giró el rostro moreno, curtido y hosco, hacia el joven Kennedy. Sus ojos oscuros tenían un leve rasgo oblicuo, como si alguna influencia ajena a la raza puramente india actuase sobre su sangre.

—Y entre ambos puntos, el lugar que quieren ustedes recorrer —añadió él, conciso—. Poco más o menos, trescientas millas a lo largo y casi cincuenta a lo ancho. No demasiado, ¿no le parece?

Dirk le miró, preguntándose sin duda si bromeaba. Yo sonreí en mi asiento posterior, en tanto atendía los servicios de radio a bordo, que hasta entonces sólo nos habían servido para captar boletines meteorológicos y advertir a determinados aeródromos de nuestra ruta y de las circunstancias, bastante favorables por cierto, de aquel vuelo hacia el norte de Nepal, sobre la frontera chino-india, tan compleja y peligrosa en los últimos años.

—Podría ser peor —comentó mi compañero—. Desde el aire, esas trescientas millas pueden cubrirse con relativa facilidad. ¿No ha oído nunca hablar realmente de Woonye?

—En absoluto —negó el piloto—. Yo soy indio, señor Kennedy, no nepalí o tibetano. Nací en Bengala, ciertamente, pero desconozco la totalidad de la geografía del Tibet. Esas montañas son como un fantástico laberinto de hielo donde extraviarse, significa la muerte cierta. Piense que habrá cientos de poblados, acaso miles como ese Woonye de que habló el señor Sothern. Y todos tienen nombres muy similares, especialmente en la fonética de los nativos del Tibet. Es una dura tarea hallarlo, ya se lo dije, pese a las indicaciones que nos facilitó el propio señor Sothern.

Miré a mis espaldas. Sobre dos asientos de la cabina de pasaje del bimotor, dormía profundamente Lionel Sothern, ajeno a la conversación de Dirk y el piloto. Tal vez era mejor así. Lo que se estaba diciendo en la cabina de mandos no era lo más adecuado para levantar su optimismo.

Me incorporé, haciendo una seña a Dirk, para que se ocupase de la radio. Acudió a suplirme, y yo caminé hasta el asiento vecino al de Rahmi Chandra. Él giró levemente la cabeza y me miró, sin hacer ningún comentario. Luego centró de nuevo la mirada en el impresionante paisaje que desfilaba a nuestros pies. El suave ronroneo del avión invitaba al sueño, quizá casi tanto como las drogas que, según se decía, constituían su ruta prohibida hacia Katmandú, el paraíso de los narcóticos, allá en el interior del Nepal, justo al sitio donde repostaríamos combustible y haríamos nuestra última parada, antes de continuar viaje hacia el corazón del Tibet y su misterio latente, y quizá sin respuesta: la desaparición de dos mujeres, Shelley y Rachel Sothern.

Y la sombra fantasmal de un ser casi imposible: el yeti.

—¿Pesimista? —pregunté de repente.

Rahmi Chandra volvió a mirarme fugazmente. Luego, asintió.

—Sí —dijo—. ¿Usted no?

—Debo sentirme optimista siempre —sonreí, de forma vaga—. O no tendría clientela.

—Usted no me parece de los que gustan de dorar la píldora a sus clientes.

—Es cierto. Pero existe una posibilidad entre cien o entre mil, de que esas mujeres sean halladas. Vivas o muertas. Eso quitará la obsesión de ese hombre. Es lo que busco.

—Contamos con muy poca cosa para buscar, señor Jeffries —me

recordó nuestro piloto—. Sólo unos datos confusos, el hecho de que los soldados chinos le encontraran en las proximidades de las ruinas de un viejo templo de los lamas, en Moh-Li-Waah… Pero se probó luego, según me ha permitido usted leer en aquel informe de Tas autoridades consulares británicas, que el señor Sothern había viajado hasta entonces durante semanas enteras, no se sabe en qué dirección, medio enloquecido, huyendo de los nativos, tras ser atendido por éstos durante unos días. Todo es muy confuso.

—Lo sé. Pero no hay otra cosa.

—Además, está esa parte de la historia, el ataque a los *sherpas*, la muerte de uno de ellos, la presencia de un animal que nadie ha visto aún.

—¿El yeti? —Sonreí.

—Sí. Él yeti. ¿Usted cree realmente en él?

—No sé qué pensar —sacudí la cabeza—. Me pregunto qué hay de realidad y qué de imaginación febril en la historia vivida por ese pobre hombre en las heladas cumbres. Es algo para enloquecer a cualquiera.

—Por supuesto —siguió el curso del vuelo, mirando abajo los contrastes maravillosos entre la vegetación nepalí, las montañas nevadas y los pueblos y templos de aquel país de ensueño, situado como un umbral fabuloso entre la realidad y lo imposible. Luego, dijo con firmeza—: No tardaremos en llegar a Katmandú, señor Jeffries. Allí trataré de averiguar algo, a través de algunos buenos amigos tibetanos que tengo en la ciudad. Si ellos conocen la situación de Woonye, estaríamos muy adelantados en la búsqueda, aunque ello no signifique que lleguemos a encontrar nada. Si esas pobres mujeres encontraron la muerte, estos meses han sido tiempo suficiente para que sus cuerpos congelados hayan quedado cubiertos por pies de nieve, o sepultados entre hielos impenetrables y eternos.

—Lo sé —asentí—. Lo sé tan bien como usted. Pero he aceptado ayudar a ese hombre. Y es lo que estoy haciendo. Ojalá en Katmandú, como usted dice, encontremos algo que facilite las cosas. Sobrevolar casi quince mil millas cuadradas de cumbres y abismos nevados, no resultará una tarea divertida, y mucho menos sencilla. La blancura de la nieve acabará por cegarnos totalmente, impidiéndonos ver un elefante en una llanura blanca, aunque

llevemos las gafas especiales contra el reverbero solar.

Rahmi Chandra asintió. En el fondo se sentía tan poco animado como yo mismo sobre el resultado final de aquella expedición en busca de un imposible. Pero como yo mismo, estaba decidido a llegar hasta el final. Un final del cual Katmandú era solamente un jalón más en la ruta.

Cuando el avión tomó tierra en un pequeño y destartalado aeropuerto civil, en las afueras de Katmandú, despertó de su sueño Lionel Sothern, que hacía aquel viaje como en trance hipnótico. Lo mismo que si una extraña fuerza desconocida, de raro magnetismo, le estuviera guiando, atrayendo hacia la gran trampa blanca de muerte y de silencio que era el Himalaya.

Hubo algo en su modo de mirar las lejanas cumbres heladas y las nubes que envolvían sus picachos ingentes que no me gustó. Y me hubiera complacido saber la razón de esa sensación instintiva.

Poco después nos llevábamos la primera gran sorpresa de nuestro viaje hacia el Tibet. Fue cuando al entrar en el Club Británico de Nepal, para descansar un poco y tomar algo que nos recordase la ya lejana Inglaterra, una voz sonó a espaldas nuestras, jovialmente:

—Les estaba esperando. ¿Cómo va el viaje?

Giramos todos la cabeza. Miré, sorprendido, a la mujer que nos había dirigido aquellas curiosas palabras. Luego aún me sorprendí más cuando exclamó Lionel Sothern, con voz áspera y tono agrio:

—¡Judy! ¿Qué mil diablos haces tú en el Nepal?

Así conocimos a Judy Sothern, la sobrina de nuestro cliente. En realidad valía la pena conocer a aquella criatura.

* * *

Era pelirroja y encantadora, al menos físicamente hablando. Confieso que ni siquiera entre las frívolas *starletts* del cine y de las publicaciones ilustradas, me había sido fácil encontrar semejante sinfonía de curvas repletas, ni mayor desenvoltura en exhibirlas con plena conciencia de que así quitaba toda posible duda sobre su legitimidad.

Joven y esbelta, mostraba con sus ropas hindúes, un poco en la línea *hippy*, la prominencia de un busto espléndido y agresivo, la turgencia de sus caderas sinuosas y la longitud turbadora de unos

muslos bien torneados y unas pantorrillas perfectas. Además de todo eso, era bonita, tenía los ojos maliciosos y la boca gordezuela y entreabierta seductoramente. Su blusa y su pantalón hindú eran translúcidos y no ocultaban gran cosa.

Así era Judy Sothern. Dirk no pudo evitar un silbido de admiración entre dientes… y yo recorrí con mis ojos todas y cada una de sus deliciosas curvas, preguntándome cómo era posible que la madre naturaleza fuese tan generosa con determinadas criaturas.

—Judy, esto no tiene sentido —murmuró Lionel Sothern, yendo hacia ella y tomándola entre sus brazos, aunque parecía vivamente contrariado—. Supe en Londres que estabas por Oriente Medio viajando. Traté de comunicarme contigo en Líbano y Egipto, pero fracasé.

—No del todo, tío Lionel. Me dieron tu mensaje, aunque algo retrasado, cuando llegué a Beirut, y comprendí que ya no te encontraría en Inglaterra. De modo que tomé un avión para Katmandú y te esperé aquí, segura de coincidir contigo en el Club.

—Judy, es una locura. Un viaje tan largo sólo para vernos antes de emprender la última etapa del viaje… Siempre has sido el miembro alocado de la familia, muchacha…

—Nada de eso, tío Lionel —rió ella, entre dientes, mirándonos uno a uno con malicia, y dándome la impresión de que detenía en mí sus ojos con más fijeza que en los demás—. Si estoy aquí, no es para desearte suerte y buen viaje en la búsqueda de tía Shelley y prima Rachel, sino para cooperar en ello.

—Judy, estás perdiendo el tiempo. No pienso llevarte conmigo en este Viaje. Es demasiado peligroso. Ya tuve bastante con ver a dos mujeres en el Tibet. —Y bajó la mirada, con expresión dolorida.

—Tío, son circunstancias totalmente distintas. Ésta es una expedición de rescate, no unos viajeros extraviados tras un accidente ferroviario desgraciado. Lleváis medios para luchar con los elementos… y yo también. No tendrás que gastar nada en mi equipo. Lo tengo todo a punto.

—Pues ya puedes ir deshaciendo tu equipaje. No pienso admitirte en la expedición.

—Tendrás que hacerlo —rió ella—. O yo sola alquilaré una avioneta y partiré con mis solos medios hacia el Tibet. Una mujer sola sí puede peligrar, ¿no crees?

—¡Tú no harás eso, Judy!

—Vaya si lo haré —dijo ella, con una carcajada—. Y sabes muy bien que será así, tío Lionel. Soy mayor de edad, estoy emancipada hace tiempo y no pienso obedecerte en absoluto…, a menos que me integre en vuestro equipo.

—Señorita, su tío tiene razón —tercié con sequedad en su conversación—. Esto no es para mujeres. Hay muchos riesgos en el camino: nuestro desconocimiento exacto de los lugares que debemos registrar, las tormentas de nieve en las alturas, los aludes, los soldados chinos…

—Y el yeti —completó ella, con una sonrisa burlona, mirándome agresivamente a la cara—. Se ha olvidado del yeti, señor…

—Jeffries —dijo su tío—. Es Brad Jeffries, el explorador profesional. Y su compañero es Dirk Kennedy. Amigos míos, les presento a mi díscola sobrina Judy, ya la única familia que tengo en el mundo…, aunque sólo la vea cada dos o tres años una vez.

—Es un placer, señorita —dijo Kennedy, fascinado por su físico.

—Lo mismo digo —sonreí—. Pero insisto: no puede venir con nosotros. Es un riesgo muy serio.

—Señor Jeffries, si no voy con ustedes, iré sola —sostuvo ella con energía—. Y serán responsables de lo que pueda sucederme. Tío Lionel sabe muy bien que no puede dominarme.

—Tienes razón, maldita sea —se quejó Sothern. Me miró, preocupado—. ¿Qué hacemos?

—Allá usted. Y allá ella —objeté bruscamente, encogiéndome de hombros—. No me gusta en absoluto que venga ninguna mujer en semejante viaje. Pero usted es el responsable de esta expedición… y el tío de esa obstinada jovencita. Resuelva por sí mismo.

Hice una inclinación brusca ante la muchacha, sin dejarme impresionar por todo lo que su translúcido atavío indio permitía descubrir, y me alejé hacia el bar. Estaba seguro de que la escaramuza sería un total fracaso para Lionel Sothern, y que Judy vendría con nosotros, nos gustara o no.

Así fue. Cuando despegamos nuevamente de Katmandú, ya rumbo al Himalaya, Judy Sothern venía con nosotros a bordo, aunque había sustituido sus ropas livianas y provocativas por unas recias pieles que, cuando menos, disfrazaban un poco sus lascivas formas. A nuestro piloto bengalí, parecía disgustarle tanto la

presencia de una mujer en el avión, como a mí mismo.

—Ahora… rumbo a lo desconocido —dijo melodramáticamente la jovencita, con su tono risueño y lleno de ironía, clavados sus ojos en la distancia, en las grandes cimas nevadas que se recortaban en el horizonte, difuminándose en el cielo—. Tío Lionel, me fascinaría realmente encontrarme con el yeti.

—¡Calla, Judy! —la cortó él con brusquedad casi violenta; Sus ojos centellearon—. No sabes lo que dices. Vale más que nunca lo llegues a ver. Nunca…

Le estudié de soslayo, intrigado, tratando de advertir en su gesto si vivía preso de una alucinación o de una increíble realidad. Capté aquel miedo latente en sus ojos, en su gesto hosco, en lo incierto y tembloroso de sus movimientos de manos…

Ciertamente, mi cliente parecía haber visto en realidad al «abominable hombre de las nieves» por el que suspiraban los científicos de todo el mundo. Y su visión no parecía dejar una huella tranquilizadora en el privilegiado que tuviera esa oportunidad.

De nuevo tuve la rara, increíble sensación de que me vigilaban. Aquello, a bordo del avión donde sólo nos hallábamos cinco personas ahora, carecía de sentido. Sin embargo, giré la cabeza, molesto, buscando algo a mis espaldas. Algo o alguien que, por un fugaz instante, me había dado la sensación de estar taladrando mi cerebro con su mirada, fija en mí.

Naturalmente, la cola del avión estaba totalmente vacía, y los asientos desiertos se alineaban a ambos lados del aparato.

* * *

El ronroneo del avión era perezoso. Una vaga somnolencia nos invadía a todos. Abajo, a nuestros pies, el paisaje se hacía por momentos más blanco y abrupto. La temperatura descendía gradualmente en el indicador del clima exterior, y el hielo comenzaba a formarse en las alas, aunque el sol brillaba débilmente en el cielo brumoso.

—Nos acercamos —musitó Dirk, bostezando.

Paseó por entre los asientos, quizá para alejar de sí toda huella de sopor. Estamos sobrevolando ya territorio tibetano.

El Nepal había quedado atrás definitivamente. Estábamos sobre

la gran cadena montañosa, aunque eran sólo las primeras estribaciones del coloso blanco. Increíbles formas de hielo y rocas trazaban allá abajo parajes de pura fantasía. Como si un artista demente y maravilloso hubiera ideado un lugar de fábula. Pero ningún artista era capaz de imitar una obra semejante.

Yo no admiraba ahora sus bellezas plásticas. Ni tan siquiera me sentía animado a contemplar aquellos paisajes que posiblemente en pocos días llegarían a hacérsenos monótonos e irritantes. Estaba situando ante mis ojos los cristales de color de mis gafas especiales para la nieve. Fijar la mirada durante horas enteras en aquella blancura eterna, significaba la ceguera para el imprudente que no adoptara las debidas precauciones.

—¿Cree que será posible ver algo desde el avión?

Me volví. Era Judy quien hacía la pregunta. Salía ahora del lavabo del avión, abotonando la camisa de franela bajo su abierto chaquetón de pieles. No sé si lo hizo intencionadamente, pero la firmeza juvenil de sus poderosos senos destacó visiblemente, hasta que el último botón cerró aquella turbadora visión.

—No lo sé —respondí, procurando ignorar su maliciosa sonrisa —. Es lo primero que debemos intentar, una vez localizado el paraje. Si no es así, habrá que recurrir a otros medios.

—¿Por ejemplo…?

—Buscar una planicie helada donde posarnos. El avión necesita espacio suficiente para la maniobra. Y, sobre todo, para despegar con ciertas garantías. Entonces iniciaríamos una búsqueda sobre el propio terreno.

—Eso puede ser peligroso.

—Muy peligroso, señorita Sothern —asentí secamente, mirándola acusador—. Pero eso ya lo sabía usted antes de unirse a nosotros.

—No estoy quejándome, señor Jeffries —me replicó, irritada—. Sólo comentaba una circunstancia. Si existe realmente ese monstruo que vio tío Lionel, ¿cómo lo combatiríamos?

—Llevamos rifles de gran calibre, esenciales para caza mayor — repliqué. Golpeé mi bolsillo, en el chaquetón de pieles—. Y pistolas automáticas de calibre 45. Pueden bastar para abatir a cualquier animal, siempre que se dispare a un punto vital.

—¿Incluso a un yeti? —dudó ella, enarcando sus cejas color

caoba.

—Incluso a un yeti en el supuesto de que existiera semejante criatura —repliqué, con acritud.

—Usted no cree en cosas así, ¿no es cierto? —me preguntó, acercándose más. Tanto, que rozó mi cuerpo con el suyo y no se desvió una pulgada, a pesar de ello.

—No sé si creer o no —me encogí de hombros—. Lo importante es encontrar a su tía o a su prima; lo demás, es simplemente anecdótico. Un oso blanco pudo ser confundido perfectamente con otra clase de monstruo, en plena noche y con el estado de excitación de su tío en aquel terrible trance. Luego, la imaginación y la angustia hacen el resto.

—Tal vez, pero… —Ella se quedó callada. Miró fijamente a Lionel Sothern, que hablaba con Dirk y con Rahmi Chandra en la cabina de mandos—. Pero usted no conoce a tío Lionel.

—¿Conocerle? —La miré, pensativo—. No, no mucho. ¿Qué pretende decirme?

—Nunca se dejó impresionar por nada. Es un hombre muy frío, muy sereno.

—Nadie puede seguirlo siendo en determinados momentos de su vida.

—No es eso. No le hablo de… de entonces cuando todo sucedió. Le hablo de ahora. De este preciso momento, señor Jeffries.

—¿Qué le ocurre a su tío en este momento? —indagué.

—Me gustaría podérselo explicar. Yo diría que está… raro.

—¿Raro? —repetí, sin entender del todo el significado de esa palabra—. ¿En qué sentido, señorita Sothern?

—No sé… Le encuentro distinto. Es como… como si no fuera él.

La estudié, perplejo y sorprendido. Su comentario era realmente inesperado. No parecía bromear, sin embargo. Su expresión era seria y preocupada. Miré de soslayo hacia Lionel Sothern.

—Pero es él —dije.

—Sí. Eso es lo raro —se encogió de hombros, lanzando un suspiro—. En fin, tal vez sea yo quien tiene ahora demasiada imaginación, señor Jeffries, pero… pero hay algo en todo este viaje que no me gusta. Algo que me inquieta y me desagrada…

—En eso estamos ambos de acuerdo —asentí, confuso, extrañándome que alguien más tuviera esa misma sensación que yo

había notado desde que saliéramos de Londres.

Luego, súbitamente, captamos el ruido en la parte posterior del avión, justo detrás de la cerrada puerta de la cabina de equipajes. Ambos lo oímos perfectamente, al mismo tiempo. Judy giró la cabeza, asustada, mirando hacia allá con aprensión. No sé si instintivamente o no, se aferró a mi brazo, pegándose endiabladamente a mí, para murmurar:

—¿Ha… ha oído eso?

Asentí. Miré a la puerta herméticamente ajustada. Todos los pasajeros del avión estábamos allí ahora. Sin embargo, se había producido un ruido en la cabina de carga. El ruido de algo o alguien que se arrastrase.

—Vamos —dije, extrayendo mi pistola automática, con decisión —. Hay que averiguar lo que sucede ahí dentro.

Eché a andar hacia la cola del aparato. Con rara decisión, Judy Sothern me siguió.

En ese momento, el ruido se repitió en la cabina de equipajes. Justo al lado de la puerta…

—Ya no hay duda —susurró ella—. Hay alguien ahí dentro…

—Sí —afirmé secamente, sintiendo un leve estremecimiento—. Hay alguien más a bordo.

Capítulo VI

SINIESTRO

Apenas abrí la puerta de la cabina, capté el leve roce allá, en la oscuridad, entre los bultos de alimentos, medicinas, ropas y pieles que llevábamos con nosotros en el largo viaje a lo ignorado. No había ninguna duda ya. Alguien se encontraba oculto en el compartimento posterior del avión, destinado a bultos. Alguien que no quería ser advertido a bordo. Y que podía haber subido en Katmandú, sin que nadie lo descubriera.

Temí lo peor. A las inquietudes inexplicables que aquella expedición al Himalaya despertara en mí, se unía ahora la evidencia cierta de un suceso imprevisto y alarmante: la existencia de un extraño en el avión. Quizá un enemigo. Pero… ¿qué clase de enemigo podía existir allí, y con qué oscuros motivos?

—Tenga cuidado —susurré—. No venga conmigo. Es mejor que maneje esto yo solo. Puede haber peligro.

Judy Sothern no dijo nada. Pero continuó aferrando mi brazo izquierdo, sin despegarse de mí, dispuesta sin duda a correr mis mismos riesgos. De todos modos, no me sentí en absoluto como un héroe de novela llevando a su dama al lado. El momento era demasiado serio para pensar en tonterías. Y Judy, aunque llena de seducción y atractivos físicos, era para mí una perfecta desconocida, por quien mi simpatía era solamente relativa, a fin de cuentas.

Lo importante era lo otro. Lo que estaba allí, frente a mí, en la oscuridad de la cabina de carga. El desconocido intruso a bordo. Un polizón que podía traer la muerte consigo.

Transcurrieron unos breves instantes de silencio. Muy breves. Agudizando mi oído, pude captar de nuevo aquel leve roce que indicaba la presencia del extraño, no lejos de mí. Casi creí notar su

mirada, fija en mi persona, desde las sombras. Era una sensación inquietante, pero, cosa rara, no lo fue tanto como la impresión de las veces anteriores, cuando me pareció que otra mirada extraña e invisible se fijaba en mi nuca, erizando mis cabellos.

No. Ésta debía de ser otra mirada, pensé absurdamente, avanzando decidido por entre los embalajes, mi dedo al gatillo, la mirada clavada en la oscuridad de la cámara.

De pronto, la figura se movió con mayor brusquedad. Vi el rápido cruce de la silueta borrosa, por entre las sombras que proyectaban las cajas. Grité con brusquedad:

—¡Alto! ¡Alto o disparo! ¡No se mueva, no intente ocultarse! ¡Estoy apuntando con un arma y no dudaré en apretar el gatillo, esté seguro!

Atrás, en la cabina de mandos del avión, debían haber advertido que algo anormal sucedía, porque capté la voz de Dirk llamándome:

—¡Brad! ¿Qué es lo que ocurre ahí? ¡Brad!

Al mismo tiempo, moví el cerrojo de seguridad de la pistola, presto a hacer fuego si algo me obligaba a ello. Inmediatamente, la voz apagada surgió del fondo de la cabina, con tono suplicante:

—No, no, por Dios… No hagas eso, Brad… No lo hagas… Ya salgo… Ya salgo…

Y la silueta se materializó. Avanzó hacia mí, en tanto yo me reponía dificultosamente de mi asombro. A mi lado, Judy lanzó una exclamación de vivo estupor.

—¡Es… *es una mujer*! —jadeó.

—Sí —dije, aturdido, tras recibir el mazazo de descubrir el rostro que emergía en las sombras, ante mis ojos asombrados—. Una mujer… Oh, Sue, ¿cómo lo hiciste? ¿Cómo pudiste meterte aquí? Yo te había dejado en Londres…

Mi prometida se limitó a contemplarme con una mezcla de temor y de incertidumbre. Y a la vez, sus ojos fulguraron de animosidad, al fijarse en Judy y en sus curvas.

* * *

—Parece que la expedición aumenta de miembros por momentos. Es como un reclutamiento masivo… e involuntario, por supuesto.

El comentario sardónico de Sothern estaba cuajado de ironía. No

pude objetar nada, aunque traté de justificarme.

—Yo no podía saberlo… Es una actitud que no puedo perdonarle a mi prometida. Podemos regresar a Katmandú y dejarla allí, para que regrese por sus propios medios a Inglaterra. Es la primera vez que me ocurre algo así, y…

—Está bien, Jeffries —me atajó Lionel Sothern—. No siga disculpándose. No es usted el culpable de que esto suceda. Y, de cualquier modo, yo mismo he sido débil al permitir que mi sobrina se incorporase a esta expedición. De modo que ambos hemos caído en el mismo error, aunque de modo diferente. Las mujeres, a veces, se comportan inexplicablemente, amigo mío. Ya es tarde para regresar a ninguna parte. No quiero que esto se demore más. Si el destino ha resuelto que ellas nos acompañen, que así sea, aunque maldita la gracia que me hace ver de nuevo a dos mujeres en esta clase de problemas. Mi experiencia sobre ello ha sido suficientemente penosa para que me complazca verlas aquí, pero eso ya no tiene remedio. Provean de equipo adecuado a la señorita Warner. Está tiritando de frío, después de pasarse todo este tiempo ahí encerrada, de polizón. Y sírvanle algo caliente. Por mi parte, sólo puedo desearles a ella y a mi sobrina, lo mismo que a todos nosotros: suerte, mucha suerte… y que Dios nos ayude en este trance.

Nos quedamos solos finalmente. Nos miramos a los ojos. Sue bajó la cabeza, avergonzada.

—Lo siento —dijo apagadamente—. No debí hacerlo, Brad. No sé qué me pasó.

—¿Cómo lo hiciste, Sue? —quise saber.

—Tomé un avión a Nueva Delhi. Allí embarqué clandestinamente en vuestro avión. Ha sido un viaje muy molesto y difícil. Creo que el frío y la incomodidad me hicieron derribar un bulto, quise arreglarlo lo mejor posible… y delaté mi presencia ahí. De verdad lo siento, Brad. Lo siento mucho. No sé qué decirte ahora.

—No digas nada —refunfuñé—. Ya no resolvería las cosas. Lo que se ha hecho, hecho está. Será mejor pensar en el futuro que en el pasado. ¿Esperas realmente ser útil en algo?

—Espero que así sea.

—¿Por qué viniste? ¿Te interesa conocer al yeti?

—No —negó—. Me interesa estar cerca de ti alguna vez. Te perdía de nuevo cuando esperaba ser tu esposa, ¿recuerdas? Y tomé esta loca decisión.

—Ya veo. Lo peor de todo es que te hice una determinada promesa.

—Sí, Brad. Pero aquí no es posible… —Me miró con ojos brillantes—. No podemos ser marido y mujer en este avión. No hay sacerdote a bordo.

—Tampoco lo habrá en tierra, a menos que sea algún lama tibetano —reí irónico—. ¿Te gustaría un matrimonio budista?

—¿Por qué no? —Se entusiasmó ella—. Si nos une Dios, ¿qué importará la senda elegida para llegar ante Él y juntar nuestras vidas? Solamente existe un Dios igual para todos, sea cual fuere la forma de adorarle y representarle.

—Lo sabía —gruñí—. Volveré casado de este viaje.

—Si lo prefieres, olvida tu promesa —me reprochó—. A fin de cuentas, parecías muy a gusto con esa damita a bordo, la sobrina de Sothern. ¿Has notado el tipo que tiene?

—Claro —reí—. Lo hemos notado todos. Pero eso ya no cuenta ahora.

—Me gustaría estar tan segura como tú lo estás… —Manifestó ella, mirándome ceñuda.

Iba a responderle, cuando el avión dio un bandazo brusco, y rodamos ella y yo por la cabina de pasaje, hasta caer sobre unos asientos. Oí voces y exclamaciones, y capté un raro sonido en los motores.

Sujetando a Sue para que no sufriera daño, me incorporé, preguntando con energía:

—¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué ha dado este bandazo el aparato?

La respuesta que me llegó no pudo ser más alarmante:

—Un motor se ha parado. Parece una avería difícil. Estamos volando con un solo motor, y la ventisca empieza ahora. Me temo que muy pronto estemos en dificultades graves.

Era la voz de Rahmi Chandra, el piloto bengalí, la que tan sombrías perspectivas nos estaba ofreciendo.

* * *

Contemplé ceñudo el ala derecha. El motor seguía parado. La hélice no giraba. Y sobre el ala iba formándose una capa de hielo cada vez más gruesa.

La buena visibilidad de poco antes era ahora casi nula. Grandes nubarrones de nieve se arremolinaban ante nosotros y a nuestros pies, el nublado era blanco pero espeso y envolvente, y solamente el radar permitía al avión eludir los picachos más elevados del macizo montañoso, bajo la dirección experta y firme de nuestro piloto.

—No me gusta esto —dije, malhumorado.

—Tampoco a mí —masculló él, acremente, sacudiendo la cabeza —. La maniobra se hace difícil con ese motor inutilizado. Además, tenemos el viento contrario al que nos convendría, señor Jeffries.

—Sí, ya lo advierto —asentí—. No hay nada que nos sea favorable, maldita sea.

—Tal vez traje yo la mala suerte a bordo —se lamentó Sue.

—No diga eso, señorita —le reprochó Sothern—. Esto forma parte del programa previsto. No era un buen avión, ya lo sabíamos, pero no había donde elegir. Por otro lado, el clima en estas regiones es siempre parecido, especialmente a esas alturas… Desde antes de emprender este viaje, sabía las dificultades que encontraríamos. Y creo que también lo sabía el señor Jeffries.

Afirmé despacio, mientras reflexionaba. El piloto conducía en medio de la ventisca, procurando buscar la ayuda del viento, sin desviarse de la ruta adecuada, pero eso era difícil, por soplar el viento en sentido opuesto al que nos convenía. Y con un racheado violento, que hacía bailotear peligrosamente nuestro avión, entre picachos y muros de hielo.

—Nunca imaginé que el infierno pudiera ser blanco y frío — dijo, hoscamente, Judy Sothern.

—Y eso que estamos solamente en sus umbrales… —dijo Dirk, con cierto humorismo—. Más tarde empezará lo bueno, ya lo verás.

—No hay visibilidad alguna —se quejó Sothern—. Así nos será imposible localizar población alguna.

—No se preocupe, señor Sothern —habló el piloto bengalí—. Aún no estamos en la zona donde imagino que se halla la aldea tibetana de Woonye, siguiendo las indicaciones que me dieron mis amigos de Katmandú. Espero que para entonces la visibilidad sea mejor y el temporal haya amainado.

Era demasiado optimista. Lo cierto es que una hora más tarde, Rahmi Chandra me señaló un mapa rudimentario, trazado por él mismo antes de salir de Katmandú, y asentí, comprendiendo que su dedo, al apoyarse en una zona circular, con el nombre de Woonye entre interrogantes, quería indicarme que estábamos aproximadamente en ese sector del Himalaya.

Alrededor nuestro, la nieve y las nubes bajas formaban una masa impenetrable de ciega blancura. El vendaval sacudía al avión como si fuese de hojalata, y sus crujidos me hacían estremecer.

—Entiendo —murmuré—. No vamos a vislumbrar nada. Ni siquiera un llano para aterrizar, si llega el caso.

No hizo falta seguir hablando de todo eso. Súbitamente, un crujido formidable sacudió todo el avión, y nos volcamos de modo brusco a un lado, como si fuéramos a estrellarnos contra los peñascos nevados. Gritaron las mujeres y nos alarmamos los hombres, rodando de un lado para otro.

Allá fuera, el crujido se convirtió en un desgarro brutal y metálico, y los mandos se rebelaron contra Rahmi Chandra, aunque él supo finalmente hacerse con ellos y dominarlos férreamente, manteniendo un bailoteante, precario equilibrio del aparato. Vi su rostro, lívido por completo.

—¿Qué… qué ha sucedido? —musité.

Él me respondió justamente con lo que yo me temía de antemano:

—El avión, señor Jeffries… Creo que se nos ha destrozado el ala derecha contra un picacho, y tardaremos muy poco en caer ya sin remedio.

* * *

Caer sin remedio…

La idea penetró con pavorosa celeridad en los cerebros de todos nosotros. Fue como un mazazo brutal e imprevisible. Como si algo invisible y demoledor nos acogotara sin remedio.

Caer… Significaba morir. Irremisiblemente, dadas las condiciones meteorológicas, el paraje que recorríamos, la falta de visibilidad, las condiciones mismas del aparato, con un ala partida, con un solo motor funcionando… y con algo que chisporroteaba ya de modo ostensible en aquel ala destrozada.

—Dios nos asista —murmuró Dirk Kennedy, casi fervoroso—. Esto es el fin…

Miré a Sue, que parecía serena, aun dentro del terror que reflejaban sus ojos dilatados, muy fijos en mí. Judy Sothern había perdido todo deseo de coquetear. Y su tío Lionel estaba demudado, pero tranquilo. Como si aquello formara parte de algo previsto de antemano. O como si su fatalismo, tras la pesadilla vivida tiempo atrás en el corazón del Tibet, hubiera dejado ya en él una conformidad fatalista e inexorable, que no podía alterar su calma ante los peores acontecimientos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar, dirigiéndose a la persona que mejor podía darle una respuesta; esto es, a Rahmi Chandra, nuestro piloto.

El tibetano se encogió de hombros, controlando del mejor modo posible los bamboleos estremecedores del aparato… Cosa que, justo es confesarlo, no lograba con demasiada brillantez, ni quizá ningún otro lo hubiera conseguido tampoco.

Estábamos en dificultades. En muy graves dificultades, había que admitirlo. Por las ventanillas, a pesar de la nieve acumulada y de la ventisca, me era dado apreciar los chispazos, el resplandor de las llamas que, sin duda alguna, brotaban del ala rota.

—Es preferible descender —aconsejé, secamente—. A todo riesgo, Rahmi. Será mejor que volar de pronto en mil pedazos, si el fuego alcanza el combustible.

—Es posible que no ocurra eso en algún tiempo, señor Jeffries —habló el tibetano—. Pero tampoco podemos hacer otra cosa. Sin estabilidad, terminaremos estrellándonos en algún picacho, estallando del mismo modo. Y si descendemos a ciegas, como estamos ahora, el riesgo de impacto violento es casi total. ¿Qué cree usted que es lo más aconsejable?

—No sé —suspiré—. Habría que someterlo a votación, y difícilmente nos pondríamos de acuerdo. Además, no hay tiempo ya para esas cosas. Yo que usted pondría el piloto automático, marcaría un descenso lo más suave posible… y me situaría con los demás en la cola, agazapados lo mejor posible para resistir la embestida… y que Dios hiciera el resto.

—No —sacudió la cabeza nuestro piloto enérgicamente—. Nada de eso, señor Jeffries. Se hará, porque no hay más remedio. Pero yo

estaré al timón hasta el fin.

—Es como un suicidio, Rahmi —advertí.

Los ojos almendrados me contemplaron enigmáticos, desde el rostro curtido, color bronce.

—La vida y la muerte significan poco por sí solas para uno de nosotros —me dijo—. Nuestra religión, nuestra fe y nuestro espíritu, está muy por encima de esas cosas, señor… Sitúense en la cola, por favor. Voy a intentar el descenso lo más suave pasible…, pero no respondo de lo que suceda. El paraje es demasiado abrupto, no hay terreno llano donde posarse… y tampoco hay tiempo ni visibilidad para intentar buscarlo.

Asentí. Estaba de acuerdo con él. Admiré el temple del bengalí, cuando le vi inclinarse sobre los mandos con firmeza y decisión. Yo invité a los demás a acompañarme. Dirk me ayudaba. Situamos a las mujeres en el lugar más seguro, en la cola. Apilamos pieles y bultos ligeros, pero blandos, para amortiguar en todo lo posible el golpe. Tal vez no serviría de nada todo ello, pero cuando menos había que intentarlo.

Les indiqué cómo debían situarse, tendidos cuan largos eran, sin flexiones que pudieran producir fracturas irremediables al chocar y bambolearnos brutalmente en el impacto, por suave que éste fuese. Luego, la voz de Rahmi Chandra llegó hasta nosotros, tensa y aguda:

—¡Ya descendemos! ¡No se muevan! ¡Sujétense lo más posible, por favor!

Fue lo último que oí, antes de que el sibilante aullido del viento, desgarrando el fuselaje del avión, llegara a ensordecerme. Luego, hubo impacto.

Un seco, formidable impacto contra algo duro y macizo, que desgarró el metal, partiendo en dos el cuerpo del avión, como si éste fuese de juguete. Una sacudida violentísima, un choque repetido y doloroso contra las paredes del aparato, en una danza continuada y peligrosa de nuestros cuerpos. El frío mortal entrando a oleadas, junto con el huracán y la nieve, dentro del lugar repentinamente oscuro e inhóspito.

Y después de eso, tan borroso y tan fugaz, la inconsciencia, la oscuridad total…

CAPÍTULO VII

MISTERIO

Despertar de una pesadilla así, podía significar dos cosas.

O estar vivo… o descubrir que lo que hay más allá de la muerte se puede confundir inicialmente con la propia vida.

Porque había despertado. O creía despertar. Pero alrededor mío, todo era silencio y penumbra. Una especie de débil lucecilla parpadeaba tibiamente cerca de mis ojos, dando un halo fantástico y amarillento de claridad al lugar oscuro en que me hallaba, y pensé si aquella luz sería mi propia alma, o la lenta extinción de mi vida en la eternidad.

Sin embargo, no creí que en ultratumba hubiera olores peculiares. Allí los había. Intensos olores aromáticos. Hierbas medicinales, grasas de animal, y cosas así. Abrí los ojos más de lo que inicialmente lo había hecho. La luz oscilante cobró forma, lo mismo que algunas otras cosas, muy pocas.

Una llama. Un candil de sebo. Olor a grasa de yack, el mágico animal del Tibet, del que todo o casi todo puede obtenerse: pieles, carne comestible, locomoción, leche, grasas.

Más allá, colgaban pieles de las paredes. El aire tenía un aroma silvestre y perfumado, cómo de sándalo o incienso mezclados. Quizá algo más dulzón y sutil. Miré la voluta azul de humo que se elevaba en columna desde un pebetero rústico. Algo ardía allí, dando ese olor a la estancia.

Mirar hacia allí, hizo crujir el lecho donde yacía, envuelto virtualmente en cálidas y espesas pieles de animal. Gemí al moverme. Me dolía el cuerpo como si estuviera todo roto y tullido. La cabeza me dio vueltas, y al tocarla, noté que había vendajes en torno a la misma, casi como un turbante hindú.

Me dejé caer de nuevo hacia atrás, con una leve queja. Una voz suave surgió de alguna parte, dulzona como el propio aroma a plantas que ardían en el incensario:

—No se mueva… Sufrirá más. Debe tener paciencia. No ha muerto, y eso es lo que importa. Tampoco morirá de esto. Está en buenas manos, no lo dude.

Respiré hondo. Con alivio. También con inquietud y preocupación. La voz se había expresado en un suave y melodioso inglés imperfecto, que me recordó el acento de los orientales, pero había algo cultivado y persuasivo en aquella voz.

—¿Dónde estoy? —gemí, sin ocurrírseme algo más original en tales momentos.

—Entre amigos. Y a salvo.

—A salvo, Dios mío… —La dantesca evocación de la caída desde el aire, hasta estrellarnos en la nieve, acudió de súbito a mi mente. Cerré los ojos, estremecido—. ¿Y los demás?

Tenía miedo de preguntar, de saber, de oír acaso una verdad terrible y demoledora. Pero debía hacerlo. Era necesario. Absolutamente necesario.

—Duermen —dijo la voz, para alivio mío—. Duermen todos. No sufra por ellos.

—Dormir… —No me sentí tranquilo—. ¿Qué clase de sueño?

—Aquel del que uno despierta. —La voz parecía entenderme perfectamente—. No se torture. Repose en calma. Tuvieron suerte. Mucha suerte. Vimos caer su avión. El poblado estaba cerca. Acudimos a rescatarles. Estaban con vida. Pero hubieran perecido congelados, Sí, mucha suerte… Debe felicitarse por ello.

—Aún no sé dónde estoy… ¿Esto es… es un poblado, entonces? —indagué, débilmente.

—Sí. Un poblado llamado Woonye… Ahora, duerma.

Y me dormí. A pesar de mi sobresalto. A pesar de preguntarme, asombrado, en aquellos momentos, cómo era posible que, en toda la inmensidad del Himalaya, el accidente aéreo hubiera tenido que ocurrir precisamente junto al lugar tan buscado por nosotros. El lugar único que recordaba Lionel Sothern tras su aventura.

¿Qué o quién nos había guiado hasta allí, a través de la ventisca y de los macizos montañosos, desde una dimensión que no era, ciertamente, aquella que uno podía ver, sentir o tocar?

Me dormí sin encontrar la respuesta. Si es que existía una respuesta…

* * *

—Tome esto. Se sentirá mejor…

Me sentí mejor. Las manos rugosas, curtidas, color yodo oscuro, ponían el cuenco rústico ante mis labios. Bastó que me inclinara y tragara. Bebí aquella leche caliente, con algo aromático diluido en ella. Me dejé caer de nuevo en el lecho de pieles, mucho más confortado que antes. Respiré hondo. Y miré el rostro que parecía flotar sobre mí. El venerable rostro, rugoso como las manos firmes que me dieran alimento. Rostro de nativo tibetano de edad indefinida. Con aire entre místico y rústico. Con ojos insondables y almendrados. Con vaga sonrisa curvando unos labios que nunca decían todo lo que el hombre sabía.

Un gorro de piel cosida, a la usanza nativa, cubría su cabeza. Ropas de burdo trenzado y pieles, envolvían su alta, enjuta figura. Tuvo algo de majestuoso al apartarse de mí y quedarse cerca del humeante pebetero, contemplándome. Me erguí un poco, pese al dolor que aún experimentaba.

—¿Cómo están mis compañeros? —Quise saber—. Tengo ganas de verlos.

—Ellos también desean verle. Mañana será posible. Está mucho mejor y más fuerte.

—Debo llevar mucho tiempo aquí, ¿no es cierto? —Me impacienté.

—¿Tiempo? ¿Qué importa el tiempo ahora? —Se encogió de hombros—. No pueden ir a otro lugar. Están en Woonye y nadie puede salir de aquí mientras dure el temporal. A veces eso se prolonga lunas enteras. No, el tiempo no cuenta demasiado para nosotros. No necesitamos volar con sus máquinas. No hay prisa por llegar a ninguna parte.

—Lo imagino. Aquí todo parece detenerse —resoplé—. Pero nosotros tenemos cosas que hacer. Y no lejos de Woonye… Me pregunto cómo… cómo pudimos ir a parar precisamente al lugar que buscábamos, y que tal vez nunca hubiéramos encontrado, de no mediar el accidente aéreo…

—Los designios de Dios nadie puede saberlos jamás —sentenció

él, con voz susurrante.

—Habla usted como un lama o sacerdote —comenté, curioso.

—He sido lama y sacerdote —dijo él—. Los soldados chinos arrasaron nuestros monasterios y templos. Son cosas de estos tiempos. Tal vez ellos tengan razón. Tal vez no. Dios quiere que las cosas sucedan así. Sólo podemos acatar su voluntad.

Aquel hombre daba una rara paz al espíritu. Uno se olvidaba de las prisas, de las incertidumbres, de los temores. Le contemplé, erguido en medio de la estancia, medio iluminado por la llama del candil de grasa de *yack*. Sacudí la cabeza. Parecía una visión en los límites de este mundo con otro desconocido para mí.

—¿Cuál es su nombre, amigo? —quise saber.

—Un nombre importa poco —se encogió de hombros—. Pero llámeme Ssu-Lai.

—Gracias, Ssu-Lai. Mi nombre es Jeffries. Brad Jeffries. Soy explorador y vengo de Inglaterra con una misión concreta, para la que fui contratado. ¿Le gustaría saber cuál es esa misión?

—No me importa demasiado. Los problemas de ustedes no pueden ser mis problemas. Ni creo que yo sea capaz de ayudarles.

—Tal vez se equivoque. Tal vez sí sea capaz de darnos su ayuda, Ssu-Lai. Usted ha de saber del tema mucho más que todos nosotros, sin lugar a dudas. Vinimos en busca… en busca del yeti.

La figura se irguió, majestuosa. Algo parecía haberle impresionado. Por vez primera, su rostro venerable, al volverse a mí, reflejaba algo. Tal vez inquietud, tal vez miedo.

—El yeti… —susurró—. ¿Ustedes vinieron a buscar al yeti?

—Eso es. Por encargo de un hombre que perdió a su esposa e hija.

—El yeti no existe. Nadie lo ha visto —rechazó él.

—Es lo que yo creía. Mi cliente sí lo vio. Cree… cree, que él puede conducirle de alguna manera, hasta el paradero de su esposa e hija, vivas o muertas. Le vio antes de perder la consciencia, y en parte la razón… y también antes de perderlas a ellas.

—¿El vio al yeti? ¿El hombre que reposa con los demás, el de

más edad de todos?

—Sí, el mismo. Está seguro. Puede jurarlo. No le importa que no le crean. Pero imaginé que usted sí lo creería. Si aquí no creen en la existencia del yeti… es que realmente no existe. ¿Me equivoco?

—Hay cosas que es mejor que no existan —sentenció Ssu-Lai.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—La Criatura.

—¿La Criatura?

—Es el nombre que algunos nativos dan a ese ser de que usted habla. Ellos también dicen haberlo visto, aunque a distancia. Para muchos es como un demonio, como la premonición de desgracias y de infortunios.

—Y para usted… ¿qué es, Ssu-Lai? —quise saber.

Él se acercó a mí inesperadamente. Sin desviar sus ojos de mí. Sentenció con rara entonación:

—Es mejor que olviden ese propósito. Hay cosas que vale más seguir ignorando siempre. No reporta bien alguno llegar demasiado lejos, adonde otros no llegaron porque a veces no se puede volver desde allí nunca más.

—Mi cliente no olvidará fácilmente —sacudí la cabeza—. Y yo estoy obligado a seguir a su lado hasta el fin. Para eso me paga. Habiendo llegado a Woonye, todavía sería más difícil persuadirle de que dejara su búsqueda. No cejará en su empeño hasta saber definitivamente si su esposa y su hija murieron.

—Si cuando las perdió el yeti estaba cerca…, nunca más volverá a verlas vivas. Y tal vez sea mejor así.

Le miré, intrigado. Su tono tenía algo extraño, inquietante. Algo que no lograba yo descifrar. Un misterio profundo, digno de aquellas criaturas enigmáticas y profundas que anidaban en el corazón del Tibet, como parte de una raza misteriosa y esotérica, quizá única en el mundo.

Tal vez por eso me atreví a decir lo que dije, desgranando mis propias ideas más íntimas, mis reflexiones más profundas:

—Desde un principio, este viaje tuvo algo raro —comenté, con voz sorda, la mirada perdida en la llama del candil, en el humo del

pebetero, en la sombra proyectada por
Ssu-Lai
sobre las pieles de la pared—. Era como si nos vigilaran, como si algo nos guiara fatalmente a un destino ya fijado de antemano… A veces tuve la impresión cierta de que era vigilado, de que unos ojos invisibles se fijaban en mí desde la nada…
Ssu-Lai,
cuando sufrimos el accidente aéreo, tuvo que ser justamente cerca de aquí. E ir a parar a Woonye, a esta aldea, cerca de la cual perdió Lionel Sothern a sus *sherpas* y a su familia… ¿Qué puede significar realmente todo eso? ¿Cabe algún sentido en ello,
Ssu-Lai?

Mi interlocutor me había escuchado sin interrumpirme. Luego bajó la cabeza. Las sombras envolvieron sus ojos y su rostro. Reinó en la estancia un profundo silencio. Al final, brotó una respuesta de sus labios.

Y debo confesar que fue una respuesta escalofriante:

—Entonces… entonces están perdidos. Todos ustedes están perdidos… Porque es él quien les llama… Es la Criatura quien les ha atraído hasta aquí para posesionarse de todos ustedes… Están sentenciados. Y nada ni nadie puede salvarles de su destino…

* * *

—Brad, cariño, ¿en qué piensas ahora?

Miré a Sue borrosamente. Traté de ahuyentar ideas tétricas de mi pensamiento, y estudié las casitas planas y bajas, de techos y terrazas planos, a la usanza del Tibet, para que las avalanchas de nieve no produzcan daños en las viviendas. Los *yacks* deambulaban bucólicamente por las callejas azotadas por la ventisca, entre peñascos y matojos ásperos.

Woonye era sólo un villorrio asentado en la falda de una enorme montaña blanca. Más allá, el Himalaya todo era una algodonosa masa de nubarrones, nieves, hielos y ventiscas.

—Nada —dije, despacio—. No pensaba en nada. Aquí uno puede llegar a la abstracción total. A separar la mente del cuerpo, como dicen los yoguis…

—Mientes. Pensabas en algo que te preocupa, Brad —me replicó ella—. No será en… en esa provocativa muchacha, ¿verdad,

querido?

—¿En Judy Sothern? —Sonreí, fijando mi mirada en la frívola sobrina de mi cliente, ocupada ahora, ante el asombro de los nativos tibetanos, en la tarea de frotar con nieve sus muslos desnudos, pese a la bajísima temperatura reinante, en medio de la calleja de Woonye. Sacudí la cabeza, divertido—. Oh, no, no es eso… Ni siquiera le prestaba mayor atención. En los días que llevamos aquí hospedados, con estas buenas gentes, creo que he visto ya cinco o seis *strip-teases* a cargo de esa chica. Empiezo a tener demasiado visto su cuerpo, para ser sincero.

—Es muy llamativa, Brad.

—Oh, sí, mucho —admití—. Pero hay cosas más importantes que flirtear con una chica como Judy.

—¿Qué cosas, por ejemplo? —Me apremió Sue—. ¿En qué piensas, Brad? ¿Hay algo que te preocupa?

—Muchas cosas —suspiré—. Esa tormenta que dura semanas, este pueblecillo, tan alejado de la civilización como de los destacamentos militares chinos… Estamos aislados en un lugar remoto y casi inaccesible, Sue. Sin saber cómo regresaremos a nuestro mundo alguna vez. Y sobre todo, estamos esperando a que amaine el tiempo para iniciar la búsqueda…

—La búsqueda. Es eso lo que te preocupa, ¿verdad, Brad?

—Es lo que nos ha traído aquí, ¿no es cierto? Existen motivos de preocupación. No va a ser un alegre deporte recorrer esas cumbres, esos ventisqueros y abismos, en busca de dos cuerpos de mujer… y de un yeti.

—Sigo sin creer en la existencia del monstruoso hombre de las nieves, Brad. Opino que Sothern deliraba ya cuando creyó verlo ante sí.

—Ojalá fuera así —suspiré, sin poderlo remediar.

—¿Qué quieres decir? —Sue me miró, intrigada—. ¿Por qué temes que sea cierto?

—Por nada —eludí, incorporándome—. Por nada, querida…

Pero ella tenía razón. Lo temía, sí. No podía olvidar que antes de reunirme con mis camaradas de aventura, había dicho aquel hombre enigmático y ceremonioso que era
Ssu-Lai,
nuestro anfitrión en aquel olvidado rincón del mundo:

«Es la Criatura quien les ha atraído… Están sentenciados. Y nada ni nadie puede salvarles de su destino…».

Miré a las cumbres nevadas, que formaban un cerco agobiante sobre Woonye, Las nubes parecían masas fantasmales, enroscándose en tomo a ellas, mientras la nieve azotaba las laderas y descendía hasta el pueblo, arrastrada por las ráfagas huracanadas de viento.

Dirk venía hacia mí, llevando en su mano un pequeño barómetro portátil que nunca le abandonaba. Me lo mostró, con cierto optimismo, al llegar a mi lado.

—Mira, Brad —me dijo—. El tiempo va a mejorar pronto… o este cacharro se ha averiado definitivamente.

Miré el barómetro. Observé la oscilación de la aguja hacia la zona de «buen tiempo». Asentí, pensativo.

—Sí —dije—. Va a mejorar, Dirk. Prepara las cosas. Sobre todo, las armas de fuego, ya que esos buenos nativos las rescataron junto con nosotros, de entre los restos del avión. Mucho me temo que apenas se despeje el tiempo, Sothern nos hará partir en busca de su mujer e hija. O en busca del yeti…

Dirk me miró, sorprendido. Sacudió la cabeza, con una sonrisa irónica.

—Eh, has dicho eso de un modo raro, Brad. Como… como si, de repente, tuvieras miedo de encontrarte por ahí al… al «abominable hombre de las nieves».

—Sí, Dirk —asentí—. Tal vez sea así. Tal vez realmente… empiece a tener miedo.

* * *

—¿Miedo? ¿Tiene verdadero miedo?

—Sí, Ssu-Lai —confesé abruptamente, paseando por la estancia repleta de pieles, de pebeteros humeantes, de lamparillas de grasa de yack. En medio de todo aquel ambiente esotérico y fantasmal, la figura arrodillada de mi anfitrión era como una estatua de carne enjuta y reseca por los vientos eternos de las cumbres más altas del mundo—. Por vez primera en mi vida, algo me produce aprensión, algo me asusta, sin saber por qué.

—¿Le impresionaron, quizá, mis palabras del otro día? —sonrió

débilmente el tibetano.

—No es sólo eso. Es que no eran simples palabras y usted lo sabe —hablé, sin dejar de mirarle.

—¿Adónde va a parar, amigo mío? —Ahora sus ojos apacibles y misteriosos se fijaron en mí atentamente.

—Usted habló de… de la Criatura. Y de algo que pudiera relacionarnos a ella y a nosotros… Algo inexorable, según usted.

—No siempre debe creer demasiado en lo que oye —se evadió con su sonrisa ambigua.

—Esta vez sí he querido creerle. Estoy seguro de que dijo la verdad. Muy seguro,

Ssu-Lai.

Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que teme? ¿Qué peligro representa el yeti, aparte su propia naturaleza monstruosa, su carácter de animal salvaje, en el supuesto de que exista y deambule por estos parajes?

—Fue usted quien me habló de extrañas impresiones, ¿recuerda? De haber creído advertir en todos los sucesos una especie de destino que les conducía inexorablemente aquí, al lugar donde su cliente perdió a sus familiares. Yo entonces asocié esos hechos con algo que es aquí como una leyenda, un dicho que corre de boca en boca de las gentes del Tibet.

—¿Qué es ello,

Ssu-Lai?

Me gustaría saberlo antes de ir en busca de mi destino, sea cual fuere.

—Es algo que no está claro, y menos para las mentes occidentales —suspiró el antiguo sacerdote tibetano—. Quizá sólo se trate de una superstición. Pero se dice… se dice que quien ve a la Criatura, queda ya presa de él para siempre. Y que vaya a donde vaya, la Criatura le reclama y acaba cobrando su pieza. Dicen también que la Criatura no es de este mundo, ni tan siquiera de este planeta. Que en el pasado descendió de las cumbres a las que no llega ni la mirada del hombre, más allá de las nubes… y su poder dominó a pueblos enteros, hasta que un mal desconocido lo exterminó, dejando sólo los últimos vestigios de su especie, deambulando por entre las cumbres nevadas, arrastrando su agonía de siglos, pugnando por aferrarse de algún modo a la vida, a este mundo que les es hostil, y quizá consiguiéndolo alguna vez sin que

nosotros mismos lo sospechemos, gracias a su cerebro excepcional y su crueldad sin límites…

—Suena como una leyenda, Ssu-Lai —rechacé, decepcionado—. Usted no puede creer eso.

—No dije que lo creyera. Sólo que se habla de ello en el Tibet. Y que la Criatura, si existe, puede ser sólo un animal salvaje… o el ser superior del que ellos hablan. ¿Eso le tranquiliza algo más, amigo mío?

—No —negué—. Lo raro es que… no me tranquiliza en absoluto. Algo me dice que voy a ver cara a cara a ese monstruo en alguna ocasión… y que usted no es todo lo escéptico que finge ser.

—Amigo mío, yo nunca vi a la Criatura. No puedo, por tanto, juzgar para bien o para mal, saber si estoy acertado o equivocado, pero… pero voy a darle un consejo: si se ve frente a ese ser llamado yeti, si alguna vez lo tiene ante sí, no dude. No vacile. Destrúyalo con las armas que Dios ponga en su mano. Será lo mejor que pueda ocurrir… si es que se siente capaz de hacerlo.

No dije nada. Abandoné allí, en sus meditaciones, a Ssu-Lai. El viejo filósofo de Woonye había hablado, al parecer, cosas incongruentes. Pero cuando horas más tarde partimos la expedición en dirección a las cumbres, dejando solamente en el villorrio a nuestro piloto, Rahmi Chandra, convaleciente de sus heridas, más graves que las nuestras, estaba seguro en mi interior de que en aquel viaje alucinante a las nieves perpetuas, iba a ser más fácil encontrarse con el yeti que con los cadáveres de Shelley y Rachel Sothern…

Y sabía que si me encontraba con el «abominable hombre de las nieves», algo decisivo iba a suceder en mi vida y en la de todos los demás.

Pero mucho antes de lo que podía imaginar, sentí la sorpresa de saberme equivocado. Total y absolutamente equivocado. Lamentablemente equivocado. Sumido en un error que se me antojó prodigioso e increíble.

Pero así sucedió y así había que aceptarlo.

Habíamos encontrado a alguien con vida. A Rachel Sothern, la hija de mi cliente…

CAPÍTULO VIII

LA CRIATURA

—¡Rachel, hija mía! ¡Rachel, oh, Dios! ¡Es… es un milagro! ¡El mayor milagro del mundo! ¡Rachel, hija…!

Estalló en sollozos. Sobrecogidos, asistimos a la patética escena. Ella, mucho más débil y fatigada en su aspecto general, sólo se limitó a murmurar con voz rota:

—Has vuelto… Has vuelto, padre… Lo sabía… Sabía que no podías dejarme para siempre aquí… Has vuelto como yo esperaba, papá querido…

Se fundieron en un abrazo. Judy contemplaba la escena, estupefacta, muy pálida por la emoción. Sue dejó resbalar lágrimas instintivas por sus mejillas, ateridas por el frío cierzo de las cumbres. Dirk y yo nos contemplamos estupefactos, mientras los *sherpas* alquilados en Woonye, en número de tres, permanecían distantes, como ajenos a todo aquello que ocurría ante sus ojos.

—Dime que no estoy soñando, Brad —oí hablar a mi amigo—. Pellízcame fuerte, para cerciorarme de que estoy despierto…

—Lo estás, Dirk —resoplé—. Pero que me ahorquen si lo entiendo. El viejo Sothern tiene toda la razón. Esto es como un milagro…

—Un milagro… —Sacudió Dirk su cabeza, mirando en torno—. Dios nos asista, ya lo creo que sí. Este lugar… es como haber hallado una balsa en medio del océano, tras un naufragio.

—Para ella, evidentemente, resultó imposible descender a las aldeas tibetanas, a las sendas frecuentadas…

Contemplé las ruinas de algún viejo monasterio de los lamas, cubiertas casi totalmente de nieve, los *yacks* salvajes, deambulando en torno, por entre los riscos helados. Y estudié el refugio donde

aquella muchacha se había pasado tiempo y tiempo, desde que se extraviara en el Himalaya, haciendo vida de ermitaña, con la sola ayuda y compañía de aquellos animales.

Era una especie de solitaria morada, hecha de piedras, de hielo, como el igloo de los esquimales. Pieles confortables se extendían por el suelo y paredes, protegiendo del frío exterior a la joven. Rachel Sothern aparecía ojerosa, pálida, temblorosa, pero firme. El cierzo helado y la nieve habían quemado su piel, curtiéndola y resecándola en el rostro joven y bien parecido.

—¿Y… y tu madre? —Jadeó Sothern, aún sin creer en el milagro, apretando contra sí febrilmente a su hija—. ¿Has sabido algo de ella, es posible que esté también…?

—¿Viva? —Meneó la cabeza, de un lado a otro—. No, papá. No pudo ser. Vi una vez su cadáver… Quizá podamos hallarlo más adelante. En el muro de hielo, petrificada, conservada así quizá por siglos enteros…

—Dios mío… —Tembló Sothern, cerrando los ojos—. Mi pobre Shelley…

—Creo que ahora podemos descansar un poco, y luego iniciar el descenso por el lado sur —dije, acercándome a ellos—. Hemos encontrado con vida a su hija, pero ahora interesa que todos podamos regresar a sitio seguro cuanto antes.

—Oh, sí, papá, eso sobre todo —suplicó ella, abrazándose a Sothern vivamente—. No puedo seguir aquí por más tiempo. Ha sido demasiado largo y terrible, demasiado desesperanzados. Nunca imaginé que llegaras, aunque lo pedía con todas mis fuerzas…

—Hemos tenido mucha suerte, Rachel, ésa es la verdad —convino su padre. La acarició. De repente, pareció pensar en algo. Miró en torno, preocupado. Indagó—: Hija, ¿has… has llegado a ver a… al yeti cerca de aquí?

—El yeti… —Los ojos de ella centellearon con vivo terror repentino—. No, no, papá… No lo vi jamás, y más vale así. Aquella noche, cuando me perdí, cuando sucedió todo… fue espantoso. Aquel monstruo nos atacó, ¿recuerdas? Escapé de él como enloquecida… Nunca sabré a ciencia cierta cómo pude llegar hasta aquí, sana y salva. Cuando intenté regresar abajo, no me fue posible. Esos *yacks* salvajes y estas minas, fueron mi salvación. La leche, las pieles, la carne secada en la nieve, cada vez que he tenido

que sacrificar a uno de ellos para sobrevivir… me han permitido continuar existiendo…

Yo estudiaba los riscos, los accesos realmente alucinantes, al filo de los abismos, y comprendí que sólo los animales salvajes eran capaces de alcanzar aquel punto casi inaccesible. Admiré a Rachel Sothern y a los ímpetus casi sobrehumanos que debieron permitirla llegar a aquel paraje, para salvar su vida.

Con mi rifle en ristre, caminé hasta donde Dirk montaba guardia junto a la cuerda y los clavos que nos sirvieran para escalar aquel punto. Asomé al abismo cortado a pico, y el aire helado azotó mi rostro. Sacudí la cabeza, dejando vagar la mirada por las cumbres.

—Si en este tiempo, la muchacha no ha sido atacada por ningún yeti, estando a su merced por completo, es que no deben existir… o sólo queda algún ejemplar suelto, que difícilmente podría coincidir de nuevo con esa pobre muchacha… Prepara todo, Dirk. Bajaremos dentro de una hora o dos. Me gustaría estar mañana mismo de regreso en Woonye… y empezar a estudiar allí la forma más idónea de volver al mundo civilizado.

—Sí, Brad, como digas. —Kennedy sacudió la cabeza, algo decepcionado—. Lástima, ¿no? Ya no es fácil que veamos a ningún yeti en este viaje…

Asentí, recordando lo que dijera
Ssu-Lai,
y añadí con voz grave:

—Tal vez sea mejor así, después de todo… Mucho mejor, sí. Suponiendo que no lleguemos todavía a verlo… antes del regreso a nuestro mundo, Dirk…

* * *

—¿Es absolutamente preciso montar guardia toda la noche, Brad?

—Sí, Dirk —asentí, bostezando y friccionando mis brazos para recuperar parte del calor perdido durante las tres largas horas de vigilancia en torno al campamento—. Me sentiré más tranquilo así. Dentro de tres horas, llama a Sothern para que te releve. Es lo convenido. Y no dejes nunca el rifle. Es una precaución más.

Dirk Kennedy miró en torno al paraje helado donde habíamos hecho un alto esa noche, de regreso a Woonye, el poblado tibetano,

tras el descenso de aquel auténtico nido de águilas donde habíamos rescatado a Rachel Sothern con vida. Llevábamos ocho horas de dura caminata entre los hielos, y el cuerpo agradecía aquel reposo de ahora. Un fuego alimentado con grasa de animal y petróleo, daba una tenue luz al lugar, calentando también débilmente las pieles y los cuerpos.

Me acosté, no lejos de Sue. Junto a ésta, dormía Judy Sothern, vecina a su prima Rachel. Más allá, estaba acostado Lionel, y a su lado el vacío lecho de pieles de Dirk. Más lejos aún, los tres *sherpas* dormidos tranquilamente.

Dirk se quedó en pie, rifle en mano, paseando por el claro, junto al muro de hielo cortado a pico. El temporal había amainado, pero la noche era fría y brumosa. Las nubes estaban muy bajas.

Me dormí rápidamente. Y ni siquiera supe lo que había dormido, cuando me despertó el terrorífico grito que rasgó la noche, con una nota de pavor y de agonía.

Pegué un salto en mi lecho. La niebla era tan espesa, a causa de las nubes bajas, que la débil claridad del fuego era casi una fosforescencia entre la bruma. Tomé mi rifle con rapidez, y exhalé un grito ronco:

—¿Qué sucede? ¿Quién ha gritado?

Un silencio profundo acogió mi llamada. Luego, capté voces al lado. Eran las de Sue, Judy, los Sothern… Voces confusas, como alarmadas.

—Ha sido ahí mismo, a poca distancia —señaló la voz de Sue—. Brad, tengo miedo…

—No te muevas —extendí mi mano y toqué su brazo, oprimiéndolo con calor—. No hagas nada, querida. A ver, las luces. Enciendan las lámparas eléctricas. ¡Dirk! ¡Dirk, responde! ¿Qué ha sido ese grito?

Dirk no me respondió. Sentí una repentina y terrible aprensión, sin saber el motivo. Ante nosotros, la niebla maldita era como pasta blanca, helada y húmeda. No podíamos ver nada.

—Sothern, ¿está usted ahí? —pregunté—. ¿Judy, Rachel? ¿Todos sin novedad?

—Sin novedad —asintió la voz de Lionel.

—Estoy aquí —corroboró Judy.

—Y yo —añadió Rachel.

Sus voces me llegaban desde diversos puntos en la niebla. Algunas luces bailotearon, crudamente amarillas, desgarrando la niebla. Eran las lámparas eléctricas, provistas de vidrio amarillo para combatir la niebla. Yo insistí, alarmado ya:

—¡Dirk! ¡Dirk! ¿Dónde te has metido? ¿Qué te ocurre?

Siguió su mutismo. Mi mano sujetó con fuerza el rifle, estremeciéndose mis dedos. Caminé hacia delante, la luz en una mano y el rifle en la otra, Capté borrosamente a Sothern que me seguía. Caminamos unos pasos. Tropecé con algo.

—Cuidado —avisé—. Hay algo en el suelo…

Me incliné. Estaba asustado ahora. Aquel lugar era el punto donde yo había montado mi guardia. Donde Dirk se había quedado, tras el relevo. Extendí la mano provista de luz. Lancé un chorro amarillo brillante sobre el bulto que yacía a mis pies.

Fue tan brusca la visión, que aún hoy, al recordarla, mi cuerpo se convulsiona de horror. Entonces, fue como si todo empezase a girar en torno mío, y un viscoso frío de muerte empapara mi cuerpo.

La luz me reveló la más espantosa forma de destrucción imaginable, los restos sanguinolentos y atroces de un cuerpo humano en el que difícilmente, por las ropas bañadas en sangre principalmente, reconocí a mi amigo y camarada Dirk Kennedy.

Lo demás, en él, era poco menos que irreconocible. Algo voraz y monstruoso le había arrancado la cabeza de cuajo, e igual operación habían hecho con sus brazos y piernas, mutilándole de forma espantosa. Lo peor no era eso, con ser terrorífico, sino la forma en que esas mutilaciones se produjeron, con desgarros que hacían pensar en la existencia de una bestia feroz y sanguinaria, en dentelladas o zarpazos aterradores, que desgajaron aquel cuerpo, convertido en una piltrafa ahora.

Y los miembros mutilados, ni siquiera aparecían. Como… como si hubieran sido devorados por el horripilante agresor.

—Dios mío… —murmuré, con un escalofrío, sintiendo unos irresistibles deseos de vomitar—. Ha sido él… El… el yeti, la Criatura…

* * *

—¿El yeti? ¿La Criatura? ¿Está seguro de eso, Jeffries?

—Por completo, Sothern. No cabe otra explicación. Un monstruo atacó durante esta noche a Dirk, mientras montaba guardia. Lo despedazó, porque tenía hambre. En suma, devoró parte del cuerpo y, quizá asustado por nuestras voces, escapó antes de que hubiera terminado el espantoso festín…

—Esta maldita niebla no permite ver las posibles huellas en el suelo…

—No servirían de mucho. El frío ha helado la nieve, endureciéndola. Se aprecian simples arañazos en el hielo, como señal del paso de unos pies junto a Dirk. Lo peor de todo es que he perdido a mi mejor amigo y compañero. Nunca me perdonaré haberle dejado de guardia esta noche.

—No diga tonterías —me confortó Judy Sothern—. A alguien tenía que sucederle. Pudo haber sido usted…

—Sí, mi prima tiene razón —confirmó Rachel, contemplando tristemente las huellas sanguinolentas en el hielo—. Después de todo, fue idea suya montar vigilancia, y parece que estaba en lo cierto. De otro modo, todos hubiéramos podido ser atacados por la fiera… Señor Jeffries, ¿qué podemos hacer ahora?

—Seguir adelante. Intentar llegar lo antes posible a nuestro destino —dije con firmeza—. Los restos de Dirk serán sepultados en el Himalaya. Mi pobre amigo no podía imaginarse tal final para su vida joven y animosa. Sólo estoy seguro de algo: vengaré su fin. Cuando me vea cara a cara con ese monstruo, recordaré cómo murió Dirk… y le destruiré. Tengo que hacerlo.

—No hable así, Jeffries —me reprochó Sothern—. Tal vez ni siquiera veamos de nuevo al yeti. Es muy posible que escape de nosotros, que se aleje definitivamente. Ha sido una desgracia que soy el primero en lamentar, pero ya nada puede hacerse por su amigo. En cuanto haya luz suficiente para ver el terreno que pisamos, levantaremos el campamento. Pero, entre tanto, no dormiremos ninguno. Prefiero no correr riesgo alguno por esta noche.

Así se hizo. Nadie durmió en el campamento. Los *sherpas* cuchicheaban entre sí, con gestos medrosos, dirigiéndonos frecuentes miradas supersticiosas. Temí lo peor.

—Esos guías están muertos de miedo —le señalé a Sothern—. Aprovecharán la más mínima oportunidad para abandonarnos. Nos

creen culpables de estos infortunios, y tienen un terror supersticioso a… a la Criatura maldita. Para ellos, el yeti es algo más que una bestia feroz.

—¿Sí? —Se interesó la joven Rachel—. ¿Qué creen que es, exactamente?

—Un ser que llegó de otros mundos, acaso un mutante que evolucionó hacia la barbarie. De cualquier modo un símbolo del Mal sobre el mundo. Un demonio de Tibet.

—El demonio… —reflexionó Rachel Sothern—. ¿Quién puede saber dónde está el bien y dónde el mal?

—Yo creo saberlo ahora —mascullé con ira—. Lo que aniquiló a mi amigo era el Mal. Y yo buscaré el Mal aunque lleve años enteros en ello. Volveré al Tibet una y mil veces. Hasta que un día me vea cara a cara con el yeti… y Dirk Kennedy sea vengado.

—Parece deseoso de verse frente a ese monstruo —murmuró Judy, alarmada.

—Lo estoy.

—Tal vez sea peor intentarlo —me señaló Rachel—. ¿No ha pensado que puede seguir la misma suerte que su amigo?

—Sí. Pero no me ocurrirá lo que a él, seguro —sostuve con energía.

—Brad, por Dios, no hables así —me rogó Sue, estremeciéndose y tomándome por un brazo—. No llames al infortunio. No podría soportar que te ocurriera nada a ti…

La miré. Y, de repente, sentí miedo. Un miedo atroz, increíble. De pronto, tuve la seguridad de que el yeti aún estaba cerca, aún nos vigilaba. Y que no sólo yo podía ser su víctima, sino también Sue… La idea me resultó intolerable. Hablé entre dientes, con fiereza casi:

—Sólo pido que sea a mí a quien ataque el yeti y no los demás —murmuré—. Sólo eso…

En los riscos, de repente, silbó el viento y se agitaron torbellinos de nieve. Fue como un aullido lastimero y prolongado, que duró unos instantes. Me estremecí. Nos miramos todos en silencio.

Fue Judy Sothern quien comentó, con voz sobrecogida:

—¿Oyeron eso? Es… es como si algo en estas montañas… respondiera a su desafío, Jeffries… Quizá el espíritu mismo del Himalaya. O el monstruo llamado yeti…

Yo también había pensado lo mismo. Pero no dije nada. No quise decir nada. Sólo esperaba que eso fuese cierto. Que el monstruo volviera a materializarse, para intentar atacarme a mí. Quizá sería la muerte cierta, como en el caso de Dirk. Pero yo estaría esperándole. Yo estaría dispuesto a matar o a morir. Sin miedo a las consecuencias.

Cuando reanudamos la marcha, al amanecer de un día nuboso y gélido, presagiando nuevos temporales de nieve, Dirk yacía ya bajo palmos de nieve helada, en su última morada, allá en el corazón del Tibet. Y delante nuestro, el sendero hacia la aldea de Woonye, era aún duro y abrupto, lleno de dificultades y peligros.

Yo sabía que, incluso en pleno día, podía surgir la Criatura para atacarnos. Por eso mi mano aferraba con fuerza el rifle. Y aún lo estrujé con mayor energía cuando Sothern me avisó, plañidero:

—Mire eso, Brad. Los malditos *sherpas*… ¡Nos han abandonado!

* * *

Sin ellos, el camino se hizo mucho más dificultoso y lento. Teníamos que estar seguros de no extraviarnos. Eso prolongó la jornada excesivamente. Y la llegada de una nueva noche, nos encontró a bastante distancia aún de Woonye. Un cálculo optimista me hizo pensar en cuatro o cinco millas de difícil sendero entre muros de hielo y abismos mortíferos. Demasiado para forzar la marcha. Al día siguiente podríamos cubrir esa distancia en unas cuantas horas, pero no ahora, con la oscuridad y la nieve a punto de caer tumultuosa sobre nosotros.

—Bien, ¿y ahora? —Susurró roncamente Sothern, cuando nos contemplamos, a la luz de la fogata rociada de combustible—. ¿Qué vamos a hacer, Brad?

—Lo mismo que anoche —dije gravemente—. Montar guardia. Vigilar. Más que nunca.

—Sólo somos dos…

—Nos turnaremos. Dos horas cada uno, para no agotarnos tanto por el frío. Haremos dos turnos. Yo haré las guardias primera, tercera y quinta. Usted, la segunda y cuarta.

—Eso no es justo, Brad. Podemos repartirlo de otro modo y…

—Está decidido. Será así. No se hable más de ello.

Sothern aceptó. Él no sabía que yo no pensaba dormir un solo

minuto esa noche. Incluso cuando él vigilara… yo estaría alerta, con los ojos abiertos y el cuerpo en tensión bajo las pieles. A punto de intervenir a la menor señal de alarma.

Sue me besó cálidamente antes de retirarse a descansar, no lejos de mí.

—Cuídate mucho, mi amor —susurró—. No podría soportar que tú…

—Cálmate —sonreí—. No va a suceder nada esta noche. Dirk fue sorprendido por algo que no esperaba, eso es todo. Esas cosas no se repiten. Por muy fuerte que sea un animal, no puede resistir un balazo de gran calibre a poca distancia. Y sé manejar este rifle de caza mayor, no lo dudes.

—Nunca lo he dudado, Brad. Sé que eres muy capaz de defenderte y defendernos a los demás. Pero… ¿es, realmente, lo que parece, ese monstruo del Himalaya?

La miré, sorprendido. La pregunta de Sue era desconcertante. Sólo que yo me había hecho a mí mismo una parecida, no hacía mucho.

—¿Qué quieres decir con eso? —indagué, inquieto.

—Lo que he dicho, Brad. ¿Crees que un animal pudo sorprender a Dirk… sin que él disparase siquiera un solo tiro? ¿Pudo escapar, dejando el cuerpo a medio devorar, como si algo le asustara? ¿Es lógico todo lo que está sucediéndonos desde que esto comenzó?

—¿A qué te refieres? ¿Piensas en algo… sobrenatural? —sugerí.

—No sé… Cuando menos, algo que… no es lo que parece. Llámalo fuerza maléfica, monstruo desconocido, un ser de… de otra forma de vida… o, simplemente… una cosa.

—Cosa o Criatura… existe. Sothern lo vio hace tiempo, la noche que perdió a su familia. Ahora, lo hemos vuelto a sentir cerca, aunque no hayamos llegado a verle… Descansa, cariño. Sea lo que sea, si vuelve, esta vez sí habrá disparos… y a matar.

Se acostó, no totalmente tranquilizada. Tampoco las dos primas, Judy y Rachel, parecían del todo seguras de que la noche transcurriría sin incidentes. Sothern se acostó para aprovechar sus horas de sueño. Me quedé solo.

Solo en mi sitio de vigilancia. Solo, rifle en mano. Con todos mis sentidos muy alertas. Con la mirada fija en las brumas, esperando cualquier cosa. Con un muro de hielo a mis espaldas, para no verme

sorprendido traicioneramente por nada ni por nadie…

La primera guardia pasó sin novedad. Me relevó Sothern, a quien vigilé, a mi vez, durante su vela, por si precisaba ayuda. Tampoco ocurrió cosa alguna. Mi segundo turno llegó.

Otra vez me quedé en mi emplazamiento, rifle en mano, sobre mis rodillas, enguantado para combatir el intenso frío tibetano. La llama de la fogata era ya muy débil y amortiguada.

Algo me decía que ahora podía suceder. Era como mi presentimiento aferrado glacialmente a mi corazón, a mi mente. Tenía los nervios en tensión.

Y entonces sucedió.

Entonces atacó la Criatura.

CAPÍTULO IX

VUELVE EL HORROR

Comenzó trivialmente. Casi de un modo agradable.

Tal vez no podía ella dormir tampoco. Por eso se incorporó y se acercó a mí. La vi entre la bruma, acercándose con paso suave. Respiró hondo, parándose frente a mi emplazamiento.

—¿Tiene un cigarrillo, por favor? —me pidió.

Asentí. Busqué uno y se lo di. Ella aceptó también el fuego de mi encendedor y fumó con fruición, pensativo el gesto. Se estremeció, al soplar una ráfaga de gélido viento.

—No sé si tengo frío… o miedo —confesó.

—Tal vez ambas cosas, señorita Sothern —sonreí, estudiando a la joven Rachel, milagrosamente rescatada de las cumbres heladas —. ¿Se encuentra bien?

—No estoy muy segura. Durante ese tiempo, una deja de sentir, se hace insensible al dolor, a las emociones, incluso al tiempo que transcurre. ¿Sabe lo que son meses enteros de soledad, sin lectura, sin nada que hacer, salvo sobrevivir, protegerse del frío, hablar con una misma o cantar canciones, para no terminar enloqueciendo?

—Lo imagino. Aun así, ha sido muy afortunada. Sobrevivir en estas condiciones, es como un milagro.

—Lo sé. Ahora vuelvo a la civilización —sonrió—. Va a ser divertido encontrarme de nuevo en Inglaterra, entre las gentes, en las calles, en los lugares de diversión… después de todo lo que he vivido en este infierno, Jeffries.

—No sé si será divertido, pero sí hermoso —admití—. ¿No tiene sueño?

—No, no mucho. Estoy nerviosa. Más bien diría que tengo sed…

—¿Sed? Tome agua. O un poco de *brandy*, si lo prefiere. Eso la

entonará.

—No —negó suavemente Rachel, mirándome—. No resistiría ya los licores. Sólo he bebido leche allá arriba. Leche de *yack*, carne de *yack*… Quizá por eso siento cada vez más sed y más apetito, Jeffries…

—Lo comprendo —asentí—. Es usted una muchacha joven, llena de vida. Ha debido echar de menos muchas cosas en este tiempo…

—Demasiadas —murmuró ella roncamente—. ¿Sabe algo, Jeffries? Incluso la visión de un hombre, su proximidad… me estuvo vedada todo este tiempo. No vi a hombre alguno durante mi soledad… Los eché de menos, pensé en ellos… Ahora es confortante sentir a uno cerca. Notar la presencia varonil del macho de la especie. Usted, por ejemplo: un hombre joven, vigoroso, atractivo… Terriblemente atractivo, Jeffries. Lo sabe, ¿verdad?

—Pues… no me he parado a pensarlo —sonreí, algo cohibido, sintiéndome incómodo ante ella. Rachel, sin embargo, se aproximó más a mí. Tan sensual, tan llena de deseos y de lascivia como su propia prima Judy.

—Béseme.

—¿Qué?

—Béseme, Jeffries. Por favor. Aunque no le guste, béseme en los labios… Hágame sentir mujer de nuevo, se lo ruego…

Dudé. Allá, en el campamento, todos dormían. Incluso Sue. No hubiera sido agradable para ella verme complacer a aquella muchacha solitaria. Y Rachel lo pedía tan ávidamente…

Me tendía sus brazos, me rodeaba con ellos, entreabriendo sus labios resecos por los meses de intemperie, de vientos helados en su epidermis. Los humedeció con la punta dé la lengua, acercó su boca a la mía, suplicándome, casi como quien pide caridad.

—Béseme… se lo suplico…

Tuve que hacerlo. Tenía que hacerlo. La besé. Sentí palpitar los labios de Rachel bajo mis propios labios. Fue un contacto candente… y extraño.

Ella había cerrado sus ojos. Yo, no, aunque parecía bajar mis párpados en principio. La contemplé, cerca de mí. Sentí palpitar su seno apoyado en mi pecho… Mi rifle estaba a punto de caer de mis rodillas, empujado al parecer inadvertidamente por las piernas de la joven.

Recordé algo, borrosamente: un rifle en el suelo, lejos de su dueño… Un cuerpo bañado en sangre, mutilado, roto, medio devorado…

Luego, mis ojos incrédulos contemplaron la piel de Rachel, a menos de una pulgada de mi propio rostro. Y su cuerpo todo, apretado contra el mío…

Se erizaron mis cabellos. Un sudor helado cubrió mi cuerpo. Creo que tuve el tiempo preciso de bajar mi brazo y evitar que el rifle cayera al hielo, lejos de mi alcance definitivamente.

Al mismo tiempo, la epidermis de Rachel Sothern se cubría por momentos de aquel espeso y súbito vello grisáceo, como en la mutación cinematográfica del hombre-lobo…

Simultáneamente, el cuerpo de Rachel crecía, crecía, desgarrando las ropas que lo envolvían… Los senos femeninos brotaban ya, pero envueltos en pelambrera gris, lacia y abundante, igual que todo su cuerpo turgente… Era el cuerpo de un animal, de un animal en pleno crecimiento, lo que emergía de allí, en una mutación delirante y aterradora.

Entonces y sólo entonces comprendí la verdad, la espantosa verdad nunca imaginada. Una vaga idea estalló en mi cerebro enloquecido, cuando ya Rachel abría sus ojos, contemplándome con unas pupilas rojizas, llameantes, malignas, llenas de crueldad, de sed de sangre y de hambre de carne humana…

Mutación.

Mutación… y transformación de un ser humano en bestia inmunda. La Criatura. El yeti.

Era ella.

¡Ella, Rachel Sothern!

Sólo que, durante años enteros, había existido un error de concepto. El «abominable hombre de las nieves» era, pura y simplemente… La «abominable mujer de las nieves»…

Ahora, ella exhaló un rugido horrible… y se aferró a mí, abriendo unas fauces babeantes, nauseabundas, en busca de aferrar mi cuello con sus colmillos malolientes, para desgarrarme la carne, para decapitarme, como hiciera la noche antes con Dirk Kennedy.

Sólo que yo no grité con terror ni agonía. En vez de eso yo… yo disparé mi rifle de gran potencia, aplicado a quemarropa sobre el velludo cuerpo gris y monstruoso de la que, poco antes, era una

joven y bella muchacha…

* * *

El estampido del rifle de caza mayor, retumbó como un trueno en la noche silenciosa y helada del Himalaya. Los hielos temblaron bajo mis pies. Una bala de poderoso calibre se hincó brutalmente en el cuerpo lanudo y gris, desgarrando sus tejidos.

La bestia aulló de forma inhumana, salvaje, apartándose de mí. Se tambaleó, boqueando ferozmente, mientras por el tremendo boquete empezaba a chorrear la sangre en abundancia. Sangre negruzca, espesa, fétida…

El campamento estaba ya en convulsión. Sue, Judy, Sothern… Los tres se incorporaron. Sothern, sin saber sobre quién disparaba, hizo fuego también con su rifle, sobre la forma velluda que oscilaba ante mí. Apuntó a la cabeza, y despedazó el cráneo de Rachel, sin saberlo.

Aquella «cosa» o lo que hubiera sido en vida Rachel Sothern, aulló roncamente, en un estertor agónico, y se precipitó por el desfiladero, dando tumbos, perdiéndose para siempre en una sima de la que ya jamás volvería… Alucinado, contemplé aquel trágico final, y me pregunté muchas cosas, mientras Sothern, lívido, corría hacia mí, con su arma humeante en la mano y, advirtiendo en el suelo las ropas desgarradas de su hija, entre manchas de sangre animal, me preguntaba, mortalmente pálido:

—Brad… Brad, por el amor de Dios… Esa bestia… esa bestia… ¿qué ha hecho con mi hija, con mi pobre Rachel? ¿Dónde… dónde está ella…? —jadeó.

Señalé al desfiladero, al fondo del abismo, donde se perdiera para siempre el cuerpo de la bestia increíble, entre una polvareda de nieves perpetuas. Musité, estremecido aún:

—Abajo, Sothern… Abajo.

—¿Abajo? ¡No, no es posible…! Sólo vi a… a ese monstruo…

—Iba con él. No pude hacer nada por evitarlo… Llevaba el cadáver contra sí. Había destrozado a Rachel. Ya ni siquiera parecía ser ella misma… Lo siento, Sothern. De veras lo siento… pero nadie hubiese podido hacer nada por impedirlo…

Y en cierto modo, le estaba diciendo la verdad. Una verdad que ni él ni nadie sabría nunca. Me había asomado a un abismo oscuro

de horrores, para enfrentarme con la aberración más inaudita del mundo. Ahora, todavía sumido en un caos mental, quería tener tiempo para reflexionar, para tratar de comprender…

Sothern sollozaba como un niño, rota su última esperanza, comprendiendo lo inútil de sus afanes por rescatar a su hija. Judy estaba como en trance. Y Sue había corrido a mis brazos, en busca de amparo y protección.

Yo, con la vista fija en el abismo, me preguntaba qué fue realmente Rachel Sothern, si una mujer transformada en bestia, o una bestia que adquirió el aspecto de un ser humano.

Eso era algo que yo nunca sabría. Y que no revelaría a nadie… salvo a una persona.

* * *

—¿Sólo a mí, amigo mío?

—Sí,
Ssu-Lai.
Sólo a usted…

—¿Por qué eso?

—Porque si alguien puede ponerme en claro los hechos, ese alguien será usted, sin duda alguna…

—Confía demasiado en este pobre viejo —sonrió el anciano sacerdote tibetano. Inclinó la cabeza—. Me pregunta por un gran misterio que, quizá de siglos, existe en el Tibet. Yo escuché muchas leyendas, pero ningún relato directo, como el suyo… Ninguna verdad total, que abriera mis ojos a la comprensión. Aun ahora, cuando acabo de conocer la verdad, sigo preguntándome cómo pueden suceder ciertas cosas entre las criaturas vivientes.

—Yo me pregunto muchas más cosas,
Ssu-Lai.
Cosas para las que no hay respuestas —murmuré cansadamente.

—Para todo hay siempre una respuesta… si se sabe buscar. Aunque no siempre esté claro lo que esa respuesta nos dice…

—Mi pregunta es una sola,
Ssu-Lai:
¿qué era Rachel Sothern? ¿Mujer o yeti? ¿Qué es un yeti? ¿Animal, ser humano, mutante…?

—La respuesta quizá sirva para ambos interrogantes —sentenció

el lama—. Quiero imaginar que el yeti fue siempre… un mutante. Un ser cuya relación con los humanos TRANSMITE a éstos su genética propia, haciéndoles, a la vez, mutantes. Quizá eso llegue a través de un contacto sexual, no lo sé. El yeti puede ser macho o hembra. Rachel Sothern era la hembra. Ella nunca les reveló la verdadera historia de su supervivencia… porque en el fondo, ya no era ella misma la que encontraron en aquella cumbre, sino una mutación intermedia. Su cerebro y sus instintos eran ya los del yeti, dentro de una envoltura humana. En determinados momentos, cuando los apetitos asaltaban su cuerpo, éste sufría la mutación a la bestia, como en el mito del hombre-lobo o en el otro mito del hombre y el monstruo.

—Y Rachel… pensaba volver a la civilización… —murmuré con horror.

—Sí. Para devorar a los seres humanos, para succionar su sangre, que era su festín. Y para engendrar nuevos yetis, mutantes, de su contacto con hombres normales. Era… el principio de una invasión alucinante. Y ella misma la hizo fracasar, al ser vencida por sus instintos puramente animales. Atacó a su amigo Dirk, devorándolo en parte, porque en la Criatura, el instinto de saciar el apetito y la sed, supera a sus instintos sexuales. De otro modo, acaso Dirk o usted mismo hubieran sido seducidos por… por una «abominable mujer de las nieves», contribuyendo a la procreación de auténticos monstruos de pesadilla…

—Dios mío —musité—. Es tan espantoso, tan increíble…

—Todo lo que no ha sucedido antes, nos parece increíble, amigo mío —sentenció
Ssu-Lai
apaciblemente—. Pero en el fondo, la explicación es sencilla. De otro modo, Rachel jamás hubiera sobrevivido. Nadie sobrevive meses enteros entre los hielos, en las condiciones en que ella se encontró. Eso debió hacerles sospechar que era… un yeti en potencia, un ser cambiado por alguna razón que no podían entender…

—Aun explicado eso… sigo sin comprender cómo pudo ocurrir todo de modo que llegáramos aquí, que localizáramos a Rachel, en tantas millas y millas cuadradas de macizos montañosos… Era como buscar una aguja en un inmenso pajar… y la hallamos. Demasiado

providencia, ¿no cree?

—No, no creo que fuese providencial en absoluto —sonrió Ssu-Lai —. Por el contrario, amigo mío, mi idea es que usted captó algo indefinible, algo sutil, que movía a las personas en la dirección elegida por «alguien».

—Pero… ¿por quién?

—¿No lo comprende? El cerebro mutante de Rachel era ahora de una fuerza desconocida para nosotros… porque también el propio yeti es desconocido, un perfecto enigma. Esa mutación provocó en su mente una alteración tan singular, que las ondas mentales de Rachel llegaban a enormes distancias, estableciendo contacto con el hombre que ella quería que acudiera a recogerla, para conducirla a la civilización: su padre. Ello nos hace ver el otro lado terrorífico de la cuestión: de haber seguido adelante ese proceso evolutivo, los hombres-yeti, los nuevos mutantes como Rachel, hubieran poseído una enorme potencia mental provocada quizá por la propia mutación del cerebro, y hubieran llegado a controlar a distancia a quienes hubieran deseado. En suma: hemos estado a punto de asistir al nacimiento de una nueva generación de monstruos, de una sociedad futura, terrorífica y devastadora, capaz de aniquilar a los humanos, dadas sus más poderosas fuerzas físicas y mentales.

Callé, tras lo que había hablado Ssu-Lai, el viejo filósofo tibetano de la pequeña aldea perdida en el Himalaya. Ciertamente, era una espantosa posibilidad la que había muerto con el yeti llamado Rachel Sothern, en aquella noche alucinante y terrible en que me vi frente a la más extraña y pavorosa forma de vida imaginable.

* * *

Aun ahora, cuando recuerdo todo eso, pasados varios años, en compañía de Sue, mi esposa, sin haber mencionado a ella jamás la terrible realidad que vivimos en el Himalaya, me pregunto si no estará germinando, pese a todo, allá en el misterioso Tibet, a lo largo de siglos y siglos de silencio, una nueva super-raza capaz de terminar con todos nosotros un día cualquiera…

Una raza de hombres y mujeres mutantes, capaces de parecer

hermosos ejemplares humanos a veces… y terribles y voraces monstruos velludos en otras…

Me lo pregunto, y no encuentro respuesta satisfactoria a mis temores. Por eso recuerdo siempre con cierto terror aquel viaje inolvidable al Himalaya… y nuestro regreso de él, a través de un contacto con patrullas militares chinas, que nos devolvieron más tarde a la civilización occidental.

Sue nunca lo sabrá, pero… ¿llegará alguna vez una Criatura mutante hasta nuestro mundo actual, iniciándose de nuevo la gran amenaza?

Tal vez. Tal vez…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.